



La Escalera
Lugar de lecturas

Libros del Asteroide *

Khushwant Singh
Tren a Pakistán
Traducción de Marta Alcaraz



COMIENZA A LEER...

**KHUSHWANT
SINGH**

Dacoity

En la India, el verano de 1947 no fue como otro verano cualquiera. Ese año hasta el tiempo parecía distinto: más cálido, seco y polvoriento. Y fue un verano más largo. Nadie recordaba otro monzón tan tardío. Durante semanas, de las escasas nubes del cielo solo llegó la sombra. No llovía. La gente empezó a decir que era Dios, que los castigaba por sus pecados.

Había quienes tenían razones para creer que habían pecado. El verano anterior se produjeron disturbios en Calcuta, estallaron cuando se anunció la propuesta de dividir el país en una India hindú y un Pakistán musulmán. Al cabo de unos meses, el número de muertos ascendía a varios millares. Los musulmanes decían que los hindúes habían planeado y desencadenado la matanza. Según los hindúes, los culpables eran los musulmanes. Lo cierto es que los dos bandos mataron; los dos usaron pistolas, cuchillos, lanzas y porras; los dos torturaron; los dos violaron. Desde Calcuta, los disturbios se extendieron hacia el norte y el oeste: a Noakhali, en Bengala Oriental, donde los musulmanes masacraron a los hindúes; a Bihar, donde los hindúes masacraron a los musulmanes. Los mulás recorrían el Punyab y la provincia fronteriza con cajas llenas de cráneos humanos: decían que eran de los musulmanes asesinados en Bihar. Los hindúes y los sijs que llevaban siglos viviendo en la frontera noroccidental abandonaron sus hogares a millares y huyeron en busca de la protección de las comunidades orientales, integradas, sobre todo, por hindúes y sijs. Viajaban a pie, en carros tirados por bueyes, apiñados en camiones, sobre el techo de los trenes, a los lados, colgando. Por el camino —en los fuertes, en los cruces de caminos, en las estaciones de tren— chocaban con enjambres de musulmanes que, presa del pánico, avanzaban hacia un occidente más seguro. Los desórdenes callejeros se habían convertido en huidas en desbandada. El verano de 1947, cuando la creación del nuevo Estado de Pakistán ya se había anunciado formalmente, diez millones de personas —musulmanes, hindúes

y sijs— habían huido de sus hogares. Cuando llegó el monzón, un millón ya había muerto, y en el norte de la India quien no estaba furioso estaba aterrorizado o escondido. Los únicos remansos de paz que quedaban eran unas pocas aldeas perdidas en las zonas más remotas de la frontera. Una era Mano Majra.

Mano Majra es una aldea diminuta. Solo tiene tres edificios de ladrillo. En uno tiene su casa el prestamista Lala^[1] Ram Lal. Los otros dos son el templo sij y la mezquita. Los tres edificios de ladrillo se abren a un patio triangular con una higuera sagrada en el centro. El resto de la aldea: un racimo de chozas de adobe y tejado plano, y de patios de muro bajo que dan a callejones estrechos que parten del centro de la aldea y que no tardan en ir haciéndose cada vez más pequeños hasta convertirse en senderos que se pierden en los campos circundantes. En el extremo occidental de la aldea hay un estanque rodeado de acacias. En Mano Majra solo viven unas setenta familias, y la de Lala Ram Lal es la única hindú. Las otras son sijs o musulmanas, mitad y mitad. Los sijs son los dueños de las tierras que rodean la aldea; los musulmanes las arriendan y se reparten la cosecha con los dueños. Hay algunas familias de barrenderos de cuya religión no se sabe gran cosa. Los musulmanes sostienen que son de los suyos, aunque cuando los misioneros americanos visitan Mano Majra, los barrenderos se ponen salacots de color caqui y se unen a las mujeres de la aldea para entonar himnos acompañados de un armonio. A veces también van al templo sij. Pero hay un objeto que todos los habitantes de Mano Majra —hasta Lala Ram Lal— veneran: una losa de piedra arenisca de un metro que se alza al lado del estanque, bajo una acacia. Es la deidad local, el dios al que todos los aldeanos —hindúes, sijs, musulmanes o seudocristianos— se dirigen a escondidas cuando se ven especialmente necesitados de una bendición.

Aunque todo el mundo dice que Mano Majra está a orillas del río Sutlej, en realidad queda a unos ochocientos metros del cauce. En la India, las aldeas no pueden estar demasiado cerca de la orilla: los ríos cambian de humor con el cambio de estación y alteran su curso.

El Sutlej es el río más grande del Punyab. Después del monzón, su cauce crece y desborda el vasto lecho arenoso hasta lamer los terraplenes de barro que se alzan a lado y lado; entonces forma una enorme extensión

turbulenta y cenagosa de más de un kilómetro de ancho. Cuando las aguas bajan, el río se fragmenta en mil riachuelos poco profundos que serpentean lentamente entre pequeñas islas pantanosas. Al norte de Mano Majra, a cosa de un kilómetro y medio de la aldea, el puente de un tren cruza el Sutlej; es un puente imponente: sus dieciocho inmensos arcos avanzan como olas de pilar en pilar, y al final del puente hay un terraplén de piedra que refuerza la vía del ferrocarril. En la orilla oriental, el terraplén se extiende hasta la estación de tren de la aldea.

Mano Majra siempre ha sido famosa por su estación de tren. Como el puente solo tiene una vía, la estación cuenta con varias vías muertas donde los trenes secundarios pueden esperar para dejar paso al principal.

Alrededor de la estación ha crecido una pequeña colonia de tenderos y vendedores ambulantes que proveen a los viajeros de comida, hojas de betel, cigarrillos, té, galletas y dulces. Este comercio le da a la estación la apariencia de actividad constante, y a su personal, un sentido de la propia importancia algo exagerado. En realidad, el jefe de estación también vende los billetes, atiende por la taquilla de su oficina y los recoge a la salida, al lado de la puerta, y envía y recibe telegramas con el telégrafo que tiene en la mesa. Si hay gente que pueda verlo, sale al andén y, cuando pasan trenes que no paran, hace ondear una bandera verde. Su segundo, el único ayudante que tiene, maneja las palancas en la cabina acristalada del andén desde la que se controlan los semáforos de lado y lado, y también le ayuda con los cambios de vía: cambia las agujas para desviar las locomotoras a las vías muertas. Por la noche, enciende la larga fila de faroles del andén y lleva los pesados faroles de aluminio hasta los semáforos, donde, con unas pinzas, los fija tras el cristal verde o rojo; por la mañana, los retira y apaga los faroles del andén.

En Mano Majra no paran muchos trenes. Los expresos no paran nunca, y en cuanto a los lentos, solo el Delhi-Lahore de la mañana y el Lahore-Delhi de la tarde tienen prevista una parada de unos pocos minutos. Si el resto de trenes de pasajeros se detiene, es para esperar en la vía muerta. Los únicos clientes habituales son los trenes de mercancías. Aunque en Mano Majra casi nunca hay mercancías que enviar o recibir; las vías muertas de la estación suelen estar llenas de largas filas de vagones. Cada tren de

mercancías pasa horas desenganchando unos vagones y enganchando otros. Cuando ya ha oscurecido y el campo está sumido en el silencio, el silbido y el resoplido de la locomotora, el golpeteo de los topes y el estrépito de los enganches de hierro se oyen durante toda la noche.

Todo esto explica lo pendiente de los trenes que está Mano Majra. Antes de que rompa el alba, el tren correo atraviesa la aldea zumbando rumbo a Lahore, y cuando se acerca al puente el maquinista siempre suelta dos largos pitidos. Todo Mano Majra se despierta al instante. Los cuervos empiezan a graznar en las acacias; los murciélagos, por tandas, levantan el vuelo, regresan lentamente a la higuera sagrada y empiezan a pelear por una rama de la que colgarse. En la mezquita, el mulá sabe que ha llegado la hora de la plegaria matutina. Se echa un poco de agua a toda prisa, se planta mirando al oeste, en dirección a la Meca, y con los dedos en las orejas canta con notas largas y sonoras: «Allahu Akbar». El sacerdote del templo sij se queda en la cama hasta que el mulá ha concluido su llamada. Entonces se levanta, sube un cubo de agua del pozo del patio del templo, se moja y, mientras el agua va salpicando, entona su plegaria con una cantinela monótona.

Cuando el tren de pasajeros de Delhi de las diez y media entra en la estación, la vida en Mano Majra ya se ha acomodado a su aburrida rutina cotidiana. Los hombres están en el campo; las mujeres andan ocupadas en sus tareas diarias; los niños están con el ganado que pasta a orillas del río. Las norias chirrían y crujen mientras los bueyes dan vueltas y más vueltas azuzados por maldiciones y puyazos en los cuartos traseros. Los gorriones vuelan por los tejados con pajitas colgándoles del pico. Los perros paria buscan la sombra de los largos muros de barro. Los murciélagos resuelven sus diferencias, cierran las alas y se disponen a colgarse en un sueño profundo.

Cuando pasa el expreso de mediodía, Mano Majra hace una pausa para descansar. Los hombres y los niños vuelven a casa a comer y a dormir la siesta. Cuando terminan de comer, los hombres se reúnen a la sombra de la higuera sagrada, se sientan en tarimas de madera, hablan y dormitan. Encaramados en sus búfalos, los chicos van al estanque, desmontan y se ponen a chapotear en el agua fangosa. Las niñas juegan bajo los árboles.

Las mujeres untan los cabellos de sus compañeras con mantequilla clarificada, inspeccionan la cabeza de sus hijos en busca de piojos y charlan sobre nacimientos, matrimonios y muertes.

Cuando por la tarde llega el tren de pasajeros de Lahore, todos retoman sus tareas. Los niños recogen el ganado y lo llevan de vuelta a casa para ordeñarlo y dejarlo encerrado hasta la mañana siguiente. Las mujeres preparan la cena y, luego, las familias se reúnen en la azotea, donde suelen dormir en las noches de verano. Se sientan en su *charpoy*^[2] y se disponen a cenar verduras con *chapati*^[3] mientras dan sorbos a la leche caliente y espesa que han servido en vasos de cobre. Y así matan el rato hasta que llega la señal para irse a dormir. Cuando el tren de mercancías entra echando humo, se dicen los unos a los otros «Aquí está el tren de mercancías». Eso equivale a darse las buenas noches. El mulá vuelve a llamar a los fieles a la plegaria cantando a voz en cuello «Dios es grande». Desde las azoteas, los fieles asienten en silencio en su plegaria. El sacerdote sij va murmurando los rezos de la noche ante un semicírculo de mujeres y ancianos soñolientos. Los cuervos graznan suavemente en las acacias. Los murciélagos pequeños revolotean en la penumbra y los grandes se elevan lentamente describiendo elegantes trayectorias. El tren de mercancías se detiene un buen rato en la estación mientras la locomotora recorre las vías muertas cambiando vagones. Cuando el tren se pone en marcha, los niños ya están dormidos. Los mayores esperan a que el ruido que hace al pasar por el puente los arrulle. Y entonces en Mano Majra la vida se detiene; se detiene todo menos los perros que ladran a los trenes nocturnos.

Así había sido siempre. Hasta el verano de 1947.

Ese año, en una bochornosa noche de agosto, cinco hombres salieron de un bosque de acacias que no quedaba muy lejos de Mano Majra y avanzaron sigilosamente hacia el río. Eran *dacoits*^[4], bandidos, y salvo uno, todos iban armados. Dos llevaban lanzas y los otros dos, carabinas al hombro. El quinto hombre llevaba una linterna eléctrica cromada. Cuando llegaron al terraplén, le dio al interruptor para encenderla. Luego gruñó y la apagó.

—Esperaremos aquí —dijo.

Se encorvó sobre la arena. Los otros se pusieron en cuclillas a su alrededor, apoyados en sus armas. El hombre de la linterna miró a uno de los lanceros.

—¿Tienes los brazaletes para Jugga?

—Sí, una docena de cristal azul y rojo. ¿A qué muchacha de aldea no iban a encantarle?

—A Jugga no le gustarán —dijo uno de los hombres de las carabinas.

El jefe de la banda se echó a reír. Lanzó la linterna al aire y la cogió al vuelo. Volvió a reír, se llevó la linterna a la boca y tocó el interruptor. Con su interior iluminado, sus mejillas emitían un resplandor rosado.

—Jugga podría regalarle los brazaletes a esa hija del tejedor suya —dijo el otro lancero—. Le sentaría bien, con sus ojos de gacela y esos pechitos de mango que tiene. ¿Cómo se llama?

El jefe apagó la linterna y se la sacó de la boca.

—Nooran —dijo.

—Aho —respondió el lancero—. Nooran. ¿La viste en la feria de primavera? ¿Viste esa camisa ceñida que le resaltaba los pechos? ¿Y oíste las campanillas de sus cabellos? ¿Y el frufrú de la seda? ¡Hai!

—¡Hai! —gritó el lancero que llevaba los brazaletes—. ¡Hai! ¡Hai!

—Lo bien que se lo hará pasar a Jugga —dijo el lancero que todavía no había hablado—. De día tiene un aire tan inocente que se diría que todavía no ha cambiado los dientes de leche. —Dio un suspiro—. Pero de noche se pinta los ojos con antimonio.

—El antimonio es bueno para los ojos —dijo uno—. Los alivia.

—Y también es bueno para los ojos de los demás —dijo el de la carabina.

—Y alivia sus pasiones, además.

—¿Jugga? —preguntó el jefe.

Los otros se echaron a reír. De repente, uno se enderezó.

—¡Escuchad! Ahí va el tren de mercancías.

Cesaron las carcajadas y todos se pusieron a escuchar en silencio el tren que se acercaba. Se detuvo con un ruido sordo, los vagones crujían y chirriaban. Al cabo de un rato ya se oía el ir y venir de la locomotora desenganchando, y el estrépito de los vagones que se soltaban y chocaban

con los que estaban en las vías muertas. La locomotora se dirigió al resto del tren con mucho estruendo.

—Es hora de hacerle una visita a Ram Lal —dijo el jefe de la banda, y se levantó.

Sus compañeros se levantaron y se sacudieron la arena de la ropa. Formaron una fila y unieron las manos para rezar. Uno de los hombres que iban armados con carabina dio un paso al frente y se puso a hablar entre dientes. Cuando calló, todos se arrodillaron y tocaron el suelo con la frente. Entonces se levantaron y se cubrieron el rostro con los extremos sueltos del turbante. Solo se les veían los ojos. La locomotora soltó dos largos pitidos y el tren empezó a moverse hacia el puente.

—Ahora —dijo el jefe.

Los otros lo siguieron: subieron al terraplén y atravesaron los campos. Cuando el tren llegó al puente, los hombres ya habían bordeado el estanque y avanzaban por un sendero que conducía al centro de la aldea. Llegaron a la casa de Lala Ram Lal. El jefe le hizo un gesto con la cabeza a uno de los hombres de la carabina. Este se adelantó y se puso a aporrear la puerta con la culata.

—¡Eh! —gritó—. ¡Lala!

No hubo respuesta. Los perros de la aldea se acercaron a los visitantes y empezaron a ladrar. Uno de los hombres golpeó a un perro con uno de los costados de la hoja de la lanza; otro disparó un tiro al aire. Los perros se marcharon a toda prisa, gimoteando, y cuando estuvieron a una distancia que ya no entrañaba riesgo, empezaron a ladrar con más fuerza.

Los hombres iban golpeando la puerta con sus armas. Uno le clavó la lanza, que la atravesó hasta el otro lado.

—Abre, hijo de la fornicación. Si no, os mataremos a todos —gritó.

Respondió una voz de mujer.

—¿Quién llama a esta hora? Lalaji^[5] está en la ciudad.

—Abre y te diremos quiénes somos, o haremos la puerta añicos —respondió el jefe de los bandidos.

—Os digo que Lalaji no está en casa. Se ha ido y se ha llevado las llaves. En casa no tenemos nada.

Los hombres apoyaron el hombro contra la puerta, hicieron fuerza, se retiraron y embistieron como arietes. El cerrojo de madera del otro lado de la puerta se rajó y las puertas se abrieron de golpe. Un bandido, uno de los armados con carabina, se quedó esperando en la puerta y los demás entraron. En un rincón de la habitación había dos mujeres en cuclillas. Un niño de unos siete años y enormes ojos negros se agarró a la más vieja.

—En nombre de Dios, llevaos todo lo que tenemos, todas nuestras joyas, todo... —suplicó la otra mujer, la más vieja. Les tendió un montón de brazaletes de oro y plata, ajorcas y pendientes.

Un bandido se los arrebató de las manos.

—¿Dónde está Lala?

—Juro por el Gurú que no está. Habéis cogido todo lo que tenemos. Lalaji no tiene más para daros.

En el patio había cuatro camas dispuestas en fila.

El hombre de la carabina arrancó al niño de las faldas de su abuela y le apoyó en la cara la boca de la carabina. Las mujeres se arrojaron a sus pies, implorándole.

—No mates, hermano. En nombre del Gurú, no lo hagas.

El de la carabina las alejó a patadas.

—¿Dónde está tu padre?

El niño temblaba de miedo y tartamudeaba.

—Arriba.

Devolvió el niño al regazo de su abuela a golpes de carabina. Los hombres pasaron al patio y subieron por las escaleras. En la azotea solo había una habitación. Sin detenerse, apoyaron el hombro contra la puerta y empujaron hasta arrancarla de los goznes. La habitación estaba llena de baúles de acero apilados. Había dos *charpoys* con varios cubrecamas enrollados encima; el haz de luz blanca de la linterna rastreó la habitación y sorprendió al prestamista acurrucado bajo uno de los *charpoys*.

—En nombre del Gurú, Lalaji no está —dijo uno de los hombres imitando la voz de la mujer. Cogió a Ram Lal por las piernas y lo sacó a rastras.

El jefe de los bandidos le dio un bofetón con el dorso de la mano.

—¿Así es como tratas a tus invitados? Llegamos y te escondes debajo de un *charpoy*.

Ram Lal se cubrió la cara con los brazos y se puso a lloriquear.

—¿Dónde están las llaves de la caja fuerte? —preguntó el jefe, y le dio una patada en el trasero.

—Podéis llevároslo todo: las joyas, el dinero, los libros de cuentas... No matéis a nadie —rogó el prestamista agarrando el pie del jefe con las dos manos.

—¿Dónde están las llaves de tu caja fuerte? —repitió el jefe. De un empujón, dejó al prestamista tirado en el suelo. Ram Lal se incorporó temblando de miedo.

Sacó un fajo de billetes del bolsillo.

—Llevaoslos —dijo, repartiendo el dinero entre los cinco hombres—. Es todo lo que tengo en casa. Es todo vuestro.

—¿Dónde están las llaves de tu caja fuerte?

—En la caja ya no queda nada, solo los libros de cuentas. Os he dado todo lo que tengo. Todo lo que tengo es vuestro. En el nombre del Gurú, dejadme. —Ram Lal agarró las piernas del jefe por encima de la rodilla y empezó a sollozar—. ¡En el nombre del Gurú! ¡En el nombre del Gurú!

Uno de los hombres separó al prestamista de su jefe y, con la culata de la carabina, le dio un golpetazo en la cara.

—¡Hai! —exclamó Ram Lal, y escupió sangre.

En el patio, las mujeres oyeron el grito y empezaron a chillar.

—¡Dakoo! ¡Dakoo!

Todos los perros se pusieron a ladrar, pero ni un solo aldeano se movió de su casa.

En la azotea de su casa, golpearon al prestamista con la culata de las carabinas y el mango de las lanzas; recibió patadas y puñetazos. Se puso en cuclillas llorando y escupiendo sangre. Tenía dos dientes rotos, pero no iba a entregarles las llaves de su caja fuerte. Uno de los hombres, en un arranque de exasperación, arremetió con su lanza contra aquella figura acurrucada. Ram Lal soltó un alarido y se desplomó en el suelo. Del vientre le manaba sangre. Los hombres salieron y uno lanzó dos disparos al aire.

Las mujeres dejaron de llorar. Los perros dejaron de ladrar. La aldea quedó en silencio.

Los *dacoits* saltaron al callejón desde la azotea y caminaron hacia el río profiriendo gritos de desafío.

—¡Vamos! ¡Salid si tenéis valor! ¡Salid si queréis que volemos a vuestra madre y a vuestras hermanas! ¡Salid, valientes!

Nadie les respondió. En Mano Majra no se oía nada. Los hombres siguieron avanzando por el sendero entre risas y gritos hasta que llegaron a una pequeña choza situada en los límites de la aldea. El jefe se detuvo y le hizo una señal a uno de los lanceros.

—Esta es la casa del gran Jugga —le dijo—. No te olvides de nuestro regalo. Dale los brazaletes.

El lancero sacó un paquete que llevaba metido entre sus ropas y lo lanzó por encima del muro. En el patio se oyó el ruido apagado de cristales que se rompián.

—¡Oh, Juggia, Juggia! —dijo con voz de falsete, y les guiñó el ojo a sus compañeros—. Ponte estos brazaletes, Juggia. Ponte estos brazaletes y píntate las palmas con henna.

—O regálaselos a la hija del tejedor —gritó uno de los hombres de la carabina.

—¡*Hai!*! —aullaron los demás. Se llevaron la mano a la boca y, con mucho escándalo, imitaron el sonido de besos largos y lascivos—. ¡*Hai!*! ¡*Hai!*!

Siguieron hacia el río sendero abajo, riendo y mandando besos al aire. Juggut Singh no les respondió. No los había oído. No estaba en casa.

Hacía una hora que Juggut Singh se había marchado de su casa. No salió hasta que por el sonido del tren de mercancías nocturno supo que no había peligro. Esa noche, la llegada del tren fue para Juggut —como para los *dacoits*— una señal. En cuanto oyó el primer rumor a lo lejos, saltó sililosamente del *charpoy*, cogió el turbante y se lo enrolló en la cabeza. Luego atravesó el patio de puntillas hasta que llegó al almiar, donde metió

la mano para sacar una lanza. Y, también de puntillas, volvió a la cama, cogió los zapatos y se deslizó hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

Juggut Singh se detuvo. Era su madre.

—A los campos. Anoche los cerdos salvajes hicieron muchos destrozos.

—¡Cerdos! No te hagas el listo. ¿Te has olvidado de que estás con la condicional, de que tienes prohibido salir de la aldea después de que anochezca? ¡Y con una lanza! Tus enemigos te verán. Te delatarán. Te mandarán de vuelta a la cárcel. —Alzó la voz hasta que la convirtió en un lloriqueo—. Y, entonces, ¿quién cuidará de los cultivos y el ganado?

—Volveré pronto —dijo Juggut Singh—. No hay nada de qué preocuparse. En la aldea todos duermen.

—No —replicó su madre. Y volvió a lloriquear.

—Cállate. Serás tú quien despierte a los vecinos. Si te callas no habrá ningún problema.

—¡Ve! ¡Ve adonde tú quieras! Si quieres tirarte a un pozo, tírate. Si quieres terminar en la horca como tu padre, ve y que te cuelguen. A mí me toca llorar. Es mi *kismet*^[6] —añadió, dándose una palmada en la frente—, está todo escrito aquí.

Juggut Singh abrió la puerta y miró a ambos lados. No había nadie en la calle. Avanzó pegado a los muros hasta que, al final del sendero, llegó al estanque. A lo lejos podía ver las siluetas grises de un par de marabúes javaneses que daban zancadas por el barro, arriba y abajo, buscando ranas. Interrumpieron su búsqueda. Juggut Singh se quedó quieto contra el muro hasta que los marabúes se tranquilizaron y luego abandonó el sendero para atravesar los campos en dirección al río. Cruzó el arenoso lecho seco hasta que llegó al riachuelo. Clavó la lanza en el suelo con la punta mirando hacia arriba y luego se tumbó en la arena. Boca arriba, contemplaba las estrellas. Un meteorito cruzó a toda velocidad la Vía Láctea arrastrando tras de sí una estela plateada por el cielo azul negruzco. De repente sintió una mano sobre los ojos.

—¿Quién soy?

Juggut Singh alargó las manos hacia su espalda y se las pasó por encima de la cabeza, tanteando; la muchacha las esquivó. Juggut Singh comenzó

por la mano que tenía en los ojos y fue avanzando brazo arriba hasta el hombro y, luego, hasta la cara. Le acarició las mejillas, los ojos y esa nariz que sus manos tan bien conocían. Trató de jugar con sus labios para que le besara los dedos. La joven abrió la boca y lo mordió con furia. Juggut Singh sacudió la mano para apartarla. Con un rápido movimiento, agarró la cabeza de la joven con las dos manos y le acercó la cara a la suya. Luego deslizó las manos por su cintura y la levantó en el aire; ella movía las manos y daba patadas con los pies, parecía un cangrejo. Jugga la hizo girar hasta que le dolieron los brazos; entonces la bajó hasta dejarla encima de su cuerpo, miembro contra miembro.

La chica le dio un bofetón.

—¿Le pones las manos encima a una desconocida? ¿No tienes ni madre ni hermanas en casa? ¿No tienes vergüenza? No me extraña que la policía te tenga fichado por *badmash*^[7]. Le diré al *sahib*^[8] que te portas como un granuja.

—Pero solo me porto así contigo, Nooro. Tendrían que encerrarnos a los dos en la misma celda.

—Demasiado bien has aprendido a hablar tú. Tendré que buscarme otro hombre.

Juggut Singh cruzó los brazos sobre la espalda de la muchacha y la estrechó hasta que la dejó sin habla y sin respiración. Cada vez que trataba de decir algo, él estrechaba su cerco y la dejaba con las palabras atravesadas en la garganta. Dándose por vencida, se tumbó al lado de él, que ahora tenía el rostro de Nooran sobre el brazo izquierdo mientras con la mano derecha iba acariciándole el pelo y la cara.

La locomotora del tren de mercancías soltó dos pitidos y, entre gemidos y crujidos, se dispuso a avanzar resoplando hacia el puente. Los marabúes del estanque alzaron el vuelo con agudos «craa, craa» y se acercaron al río, desde donde volaron de vuelta al estanque. Y fueron alternándose en sus graznidos hasta mucho después de que el tren hubiera atravesado el puente y sus resoplidos hubieran ido apagándose hasta morir.

Las caricias de Juggut Singh se volvieron lascivas y, del rostro de la chica, su mano se desvió a los pechos y la cintura. Ella se la agarró y se la devolvió a la cara. La respiración de Juggut Singh se hizo lenta y sensual;

se le volvió a extraviar la mano y, esta vez, como por error, rozó los pechos de la chica, que se la apartó de un manotazo. Juggut Singh alargó el brazo izquierdo, hasta entonces debajo de la cabeza de la chica, y atrapó la mano represora. Con el otro brazo debajo del cuerpo del joven, ella estaba indefensa.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Suéltame la mano! ¡No! No volveré a hablarte nunca más. —Meneaba la cabeza violentamente tratando de esquivar la hambrienta boca del hombre.

Juggut Singh le metió la mano debajo de la camisa y recorrió el contorno de unos pechos desnudos súbitamente firmes cuyos pezones se habían vuelto duros y correosos. Paseó delicadamente sus ásperas manos entre los senos y el ombligo. En el vientre, a ella se le puso la carne de gallina.

La chica siguió con sus risitas y sus quejas.

—¡No! ¡No! ¡No! Por favor. Que la maldición de Alá caiga sobre ti. Suéltame la mano. Si te portas así, no volveré a verte nunca más.

La mano exploradora de Juggut Singh llegó a un extremo del cordón de los pantalones de ella. Le dio un tirón.

—¡No! —gritó la chica con la voz quebrada.

Un disparo atravesó la noche. Los marabúes del estanque alzaron el vuelo y se lanzaron gritos los unos a los otros. En las acacias, los cuervos se pusieron a graznar. Juggut Singh se detuvo y dirigió la vista a la oscuridad que quedaba en dirección a la aldea. Sin hacer ruido, la chica se zafó de su abrazo y se recompuso el vestido. Los cuervos volvieron a sus acacias. Los marabúes se marcharon volando hacia la otra orilla del río. Los perros ladraban.

—Ha sonado como un disparo —dijo la chica, nerviosa, tratando de evitar que Juggut Singh reanudara sus esfuerzos por hacerle el amor—. ¿No venía de la aldea?

—No lo sé. ¿Por qué tratas de escapar? Ahora no se oye nada. —Juggut Singh tiró de ella para que se tumbara a su lado.

—No es hora de andar con bromas. En la aldea ha habido un asesinato. Mi padre se levantará y querrá saber adónde he ido. Tengo que volver ahora mismo.

—No, no volverás. No te dejaré. Puedes decirle que estabas con una amiga.

—No me hables como a un campesino estúpido. ¿Cómo te...?

Juggut Singh cerró con su boca la boca de la chica y le echó su peso encima. Antes de que pudiera liberar sus brazos, él ya había vuelto a desabrocharle el cordón de los pantalones.

—Suéltame. Suelta...

No podía luchar contra la fuerza bruta de Juggut Singh. Y tampoco estaba particularmente interesada en hacerlo. Su mundo se había reducido al rítmico sonido de la respiración y al cálido aroma de unas pieles morenas cuya temperatura ya era febril. Con los labios, Juggut le besuqueó los ojos y las mejillas. Buscó con la lengua el interior de las orejas. Frenética, ella le hundió las uñas en las mejillas apenas cubiertas por la barba y le mordió la nariz. Las estrellas que veía en lo alto formaron un torbellino enloquecido y poco a poco fueron volviendo a ocupar su lugar, igual que un tiovivo deteniéndose lentamente. La vida ocupaba de nuevo su plano más profundo, más plácido. Sintió el peso muerto de un hombre exánime; sintió la arena en el pelo; la brisa que atravesaba sus miembros desnudos; la mirada reprobadora de miles de estrellas. Apartó a Juggut Singh. Él se tumbó a su lado.

—Esto es todo lo que quieras. Y lo consigues. No eres más que un campesino que solo piensa en sembrar su semilla. Aunque el mundo estuviera yéndose al infierno, seguirías empeñado en hacerlo. Aunque hubiera tiros en la aldea, ¿no es cierto? —lo pinchó ella.

—Nadie está disparando ninguna arma. No es más que tu imaginación —respondió Juggut Singh cansinamente, sin mirarla.

Llevados por el aire, de la otra orilla del río llegaron unos débiles gemidos. La pareja se incorporó para escuchar. Sonaron dos tiros en rápida sucesión. Los cuervos abandonaron las acacias graznando furiosamente.

La chica se echó a llorar.

—Algo pasa en la aldea. Mi padre se despertará y sabrá que estoy fuera. Me matará.

Juggut Singh no la escuchaba. No sabía qué hacer. Si en la aldea descubrían su ausencia, se buscaría problemas con la policía, aunque los

suyos no le preocupaban tanto como los que tendría la chica. Quizá no volviera a reunirse con él. Ya estaba diciéndoselo: «No acudiré a ti nunca más. Si Alá me perdona esta vez, no volveré a hacerlo».

—¿Quieres callarte, o voy a tener que darte un bofetón?

La chica comenzó a sollozar. Le costaba creer que ese fuera el hombre que tan solo unos instantes atrás le había hecho el amor.

—¡Silencio! Alguien se acerca —susurró Juggut Singh mientras cubría con su pesada mano la boca de la chica.

Los dos se quedaron tumbados en silencio, escrutando la oscuridad. Los cinco hombres cargados con carabinas y lanzas pasaron a unos metros de ellos. Llevaban el rostro descubierto y hablaban.

—¡Dakoo! ¿Los conoces? —susurró la chica.

—Sí. El de la linterna es Malli. —Se le endureció el rostro—. ¡Ese incestuoso, ese amante de su hermana! Le he dicho mil veces que no es buena época para los *dacoities*. ¡Y ahora ha traído a su banda a mi aldea! Ya lo discutiré yo con él.

Los *dacoits* se dirigieron al río y lo siguieron corriente abajo hacia el fuerte, a unos tres kilómetros al sur. Un par de avefrías asustadas desgarraron la noche con sus gritos: «Tit-titi-titi-ut, ti-ti ut, ti-ti ut, tit-tit-ti-ut».

—¿Los denunciarás a la policía?

Juggut Singh soltó una risita.

—Volvamos antes de que empiecen a echarme de menos en la aldea.

La pareja se puso a caminar de regreso a Mano Majra, el hombre delante y la muchacha unos pasos detrás de él. Oían lloros y el ladrido de perros. Las mujeres hablaban a gritos de una azotea a otra. La aldea entera parecía haber despertado. Juggut Singh se detuvo cerca del estanque y se volvió para hablarle a la chica.

—¿Vendrás mañana, Nooro? —le preguntó, suplicante.

—Tú piensas en mañana, pero a mí lo que me preocupa es mi vida. Diviértete, que a mí ya pueden matarme.

—Mientras yo esté vivo, nadie podrá hacerte daño. En Mano Majra no hay hombre que pueda mirarte sin tener que vérselas con Jugga. Por algo soy un *badmash* —dijo altanero—. Dime algo mañana o pasado mañana,

cuando las cosas, lo que sea, se hayan calmado. ¿Después de que pase el tren de mercancías?

—¡No! ¡No! ¡No! —respondió la chica—. ¿Y ahora qué le digo a mi padre? El ruido lo habrá despertado.

—Dile que habías salido. Que tenías el estómago revuelto o algo así. Oíste los disparos y has estado escondida hasta que los *dacoits* se han marchado. ¿Vendrás pasado mañana, entonces?

—No —repitió, aunque con menos rotundidad esa vez. Quizá la excusa funcionara. Su padre estaba casi ciego...

No vería su falda de seda ni el antimonio de sus ojos. Nooran se alejó en la oscuridad jurando que no volvería a escaparse.

Juggut Singh enfiló el sendero para ir a su casa. La puerta estaba abierta. En el patio, su madre hablaba con unas vecinas de la aldea. Sin hacer ruido, Juggut Singh dio media vuelta y regresó al río.

En los círculos burocráticos, Mano Majra goza de cierta importancia por el *dak bungalow*, la casa de descanso para funcionarios que queda al norte del puente del ferrocarril. Es una construcción de tejado plano y ladrillos color caqui; en la parte delantera, la que da al río, tiene una veranda. Se alza en el centro de una parcela cuadrada cercada por un muro bajo.

Del portón a la veranda discurre un sendero; a lado y lado, una fila irregular de ladrillos lo separa del jardín formando un borde dentado. El jardín es una torta de adobe sin una brizna de hierba que interrumpa su superficie plana y uniforme. En la parte trasera de la casa, sin embargo, al lado de las columnas de la veranda y cerca de la fila de dependencias de servicio, crecen unos pocos jazmines esmirriados. La casa de descanso se construyó para el ingeniero encargado de levantar el puente. Cuando hubieron terminado las obras, pasó a manos de todos los funcionarios de alto rango. Su fama se debe a su proximidad al río. Está rodeada de vastísimas extensiones de carrizos y de *dhaks*, esos árboles también conocidos como llamas del bosque, donde, desde que el sol sale hasta que se pone, las perdices lanzan sus gritos de apareamiento. Cuando en invierno el río se retira a su cauce, las espadañas crecen en las ciénagas y las charcas

que deja tras de sí. Allí suelen hallarse gansos, patos, silbones, cercetas y otras aves acuáticas, y en los estanques más grandes abundan las carpas.

Durante los meses de invierno, los funcionarios organizan viajes que incluyen un breve alto en la casa de descanso de Mano Majra. Al alba, salen a cazar aves acuáticas; de día, a abatir perdices, y por la tarde, a pescar. De noche vuelven a salir para disparar a los patos que alzan el vuelo a esas horas. En primavera, los románticos llegan a la casa a perderse en sus cavilaciones: a pegarle sorbos a su whisky y contemplar cómo los vivísimos naranjas de las llamas del bosque hacen palidecer los tonos rojizos del sol que se pone sobre el río; a oír el reconfortante ronquido de las ranas del pantano y el rumor de los trenes que vienen y van; a observar a las libélulas revoloteando entre los juncos cuando la luna se levanta tras los arcos del tren. A principios de verano, a la casa de descanso de Mano Majra solo acuden los que buscan la soledad, pero en cuanto llega el monzón los visitantes se multiplican, pues las aguas crecidas del Sutlej conforman una estampa terrorífica y majestuosa.

La mañana del día en que llegaron los *dacoits*, bien temprano, habían arreglado la casa de descanso para recibir a un invitado importante. El barrendero había limpiado los baños, barrido las habitaciones y rociado el sendero con agua. El mozo y su mujer habían movido los muebles y les habían sacado el polvo. El hijo del barrendero había desenrollado la cuerda del *punkah*^[9] que colgaba del techo y la había pasado por un agujero que había en la pared para poder tirar de ella desde la veranda. Se había puesto un taparrabos rojo nuevo y estaba sentado en la veranda atando y desatando nudos en la cuerda del *punkah*. De la cocina llegaba el aroma de pollo al *curry*.

A las once, un subinspector de policía y dos agentes llegaron en bicicleta para revisar los preparativos. Luego llegaron dos ordenanzas. Llevaban uniforme blanco con una faja roja a la cintura, y un turbante blanco adornado con bandas anchas en la frente en las que había, prendidos, los emblemas del gobierno del Punyab: el sol naciente sobre cinco líneas ondulantes representando los cinco ríos de la provincia. A los ordenanzas los acompañaban varios aldeanos que llevaban la maleta y los brillantes portafolios oficiales negros.

Al cabo de una hora apareció un enorme coche americano de color gris. Del asiento delantero bajó un ordenanza que le abrió la portezuela trasera a su jefe. Cuando el subinspector y los agentes lo vieron, se cuadraron. Los aldeanos se alejaron para guardar una respetuosa distancia. El mozo abrió la puerta de malla metálica que conducía a la estancia principal. Con gran esfuerzo, el señor Hukum Chand, juez de distrito, sacó su pesado cuerpo del coche. Llevaba la mañana entera viajando y se sentía algo cansado y entumecido. De un cigarrillo que le colgaba del labio le subía un hilo de humo hacia los ojos. En la mano derecha llevaba una pitillera y una caja de cerillas. Sin prisas, se dirigió hacia el subinspector y le dio una palmada cordial en la espalda mientras los otros seguían en posición de firmes.

—Acompáñeme, *sahib* inspector, entre —dijo Hukum Chand. Le cogió la mano derecha y lo llevó a la habitación. El mozo y el asistente personal del juez los siguieron. Los agentes ayudaron al chófer a bajar el equipaje del coche.

Hukum Chand se fue derecho al baño y se lavó el polvo de la cara. Salió secándose con una toalla. El subinspector volvió a levantarse.

—Siéntese, siéntese —le ordenó Hukum Chand.

Tiró la toalla sobre la cama y se hundió en el sillón. El *punkah* empezó a moverse hacia delante y hacia atrás al son de la cuerda que rascaba contra el agujero de la pared. Uno de los ordenanzas le desabrochó los zapatos al juez, le quitó los calcetines y empezó a frotarle los pies. Hukum Chand abrió la pitillera y se la acercó al subinspector. El subinspector le encendió el cigarrillo al juez y luego se encendió el suyo. Al fumar, Hukum Chand delataba sus orígenes de clase media baja: aspiraba ruidosamente con la boca pegada a la mano, que cerraba en un puño. Para dejar caer la ceniza del cigarrillo chasqueaba los dedos con un ademán ostentoso.

—A ver, *sahib* inspector, ¿cómo van las cosas?

El subinspector unió las manos.

—Dios es misericordioso. Solo rezamos por su amabilidad para con nosotros.

—¿No hay disturbios en la zona?

—Hasta el momento nos hemos librado, señor. Convoyes de refugiados sijs e hindúes han cruzado la región y algunos musulmanes se han ido, pero

no hemos tenido incidentes.

—A este lado de la frontera no han llegado caravanas de sijs muertos, pero por Amritsar sí que han pasado. ¡Ni uno vivo! Ha habido matanzas en la región.

El juez levantó las manos y las dejó caer pesadamente sobre los muslos con un gesto de resignación. De su cigarrillo volaron cenizas encendidas que fueron a parar a sus pantalones. Con precipitación servil, el subinspector corrió a apagarlas con unas palmas.

—¿Sabía —continuó el juez— que los sijs respondieron atacando un tren de refugiados musulmanes y enviándolo al otro lado de la frontera con más de mil cadáveres? En la locomotora escribieron «¡Regalo para Pakistán!».

El subinspector bajó la vista, pensativo, y respondió:

—Dicen que es el único modo de detener las matanzas del otro bando. Hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño. Pero los hindúes no somos así. Nosotros no sabemos jugar a ese juego de las puñaladas, pero cuando se trata de pelear a pecho descubierto, no le vamos a la zaga a nadie. Creo que en todas las ciudades los muchachos del R.S.S.^[10] les han dado una buena paliza a los musulmanes. Los sijs no están cumpliendo con su parte del trato. Han perdido la hombría, solo saben fanfarronear. Aquí estamos en la frontera, pero los musulmanes viven en aldeas sij como si tal cosa. Todas las mañanas y todas las tardes el muecín llama a la oración en el centro de una aldea como Mano Majra. Si les preguntas a los sijs por qué lo permiten, te dirán que los musulmanes son sus hermanos. Estoy seguro de que los musulmanes les dan dinero.

Hukum Chand se llevó la mano a la frente despejada y se pasó los dedos por el cabello.

—¿Hay algún musulmán acomodado por la zona?

—No muchos, señor. La mayoría son tejedores o alfareros.

—Pero la comisaría de policía de Chundunnugger tiene fama de buen destino. Hay tantos asesinatos y tantas destilerías ilegales, y los campesinos sij son tan prósperos... Sus predecesores han podido construirse casas en la ciudad.

—Su Señoría se está burlando de mí.

—No me importa que se lleve lo que quiera, siempre dentro de un orden, por supuesto, todo el mundo lo hace, pero ándese con cuidado. Los del nuevo gobierno dicen que pondrán fin a la situación, están haciendo mucho ruido. Al cabo de unos meses se enfriará el entusiasmo y todo seguirá como siempre. Cambiar las cosas de la noche a la mañana no sirve de nada.

—Quién fue a hablar... Pregúntele a cualquiera que venga de Delhi y le contará cómo se llenan los bolsillos esos discípulos de Gandhi. Vaya santos están hechos. Son como grullas, cierran los ojos piadosamente y se sostienen sobre una pierna, igual que un yogui haciendo penitencia, pero en cuanto se acerca un pez, ¡zas!

Hukum Chand le ordenó al sirviente que estaba masajeándole los pies que le trajera una cerveza. En cuanto se quedaron solos, puso la mano en la rodilla del subinspector con ademán cordial.

—Habla sin pararse a pensar, igual que un niño. Un día se buscará problemas. Tendría que guiarse por el principio de verlo todo y no decir nada. El mundo cambia tan deprisa que quien quiera seguir adelante no podrá decantarse por ninguna persona ni por ningún punto de vista. Por muy importante que le parezca algo, deberá aprender a callar.

El corazón del subinspector se llenó de gratitud. Con sus irresponsables críticas, quería suscitar más consejos paternales. Sabía que Hukum Chand estaba de acuerdo con él.

—A veces uno no puede contenerse, señor. ¿Qué saben del Punyab los políticos de Delhi, todos con su gorro blanco, igual que Gandhi? Lo que pasa al otro lado, en Pakistán, no les importa. No han perdido las casas ni los bienes; no han visto cómo violaban y mataban a su madre, a su esposa, a sus hermanas y a sus hijas en la calle. ¿Se ha enterado Su Señoría de lo que las bandas de musulmanes les hicieron a los hindúes y los sijs en los mercados de Sheikhupura y Gujranwala? La policía y el ejército de Pakistán participaron en la carnicería. No quedó un alma con vida. Las mujeres mataban a sus propios hijos y luego se tiraban a pozos de los que rebosaban los cadáveres.

—*Hare Rama, Hare Rama*^[11] —replicó Hukum Chand con un profundo suspiro—. Lo sé todo. Nuestras mujeres hindúes son así: tan puras que se

suicidaría antes que dejar que un desconocido las tocara. Nosotros, los hindúes, nunca le levantaría la mano a una mujer, pero los musulmanes no respetan al sexo débil. Y nosotros, ¿qué vamos a hacer? ¿Cuánto tiempo ha de pasar hasta que aquí empiecen los disturbios?

—Espero que a Mano Majra no lleguen trenes cargados de cadáveres. La venganza sería incontrolable. Hay cientos de pequeñas aldeas musulmanas en los alrededores, y en las aldeas sij como Mano Majra siempre vive alguna familia musulmana —dijo el subinspector, tanteando el terreno.

Hukum Chand dio una ruidosa calada y chasqueó los dedos.

—Debemos mantener la ley y el orden —respondió el juez tras una pausa—. Conseguir que los musulmanes se marchen de forma pacífica, si es posible. El derramamiento de sangre no beneficia a nadie. Los maleantes se llevarán el botín y el gobierno nos culpará a nosotros de la matanza. No, *sahib* inspector, sean cuales sean nuestras creencias, y solo Dios sabe lo que les habría hecho a esos pakistaníes de no haber sido yo un funcionario público, no debemos tolerar ni el asesinato ni la destrucción de la propiedad. Que se marchen, pero vigilemos que no se vayan demasiado cargados. A los hindúes de Pakistán se lo arrebataron todo antes de que les permitieran abandonar el país. Los jueces pakistaníes se han visto convertidos en millonarios de la noche a la mañana. A algunos de nuestro bando tampoco les han ido mal las cosas, eso es cierto, y el gobierno solo ha ordenado su traslado o su suspensión en caso de asesinato o de incendio. Nada de matanzas, tan solo evacuaciones pacíficas.

El mozo trajo una botella de cerveza y dejó los vasos delante del señor Hukum Chand y del subinspector, quien cogió el suyo y lo cubrió con la mano.

—No, señor, no puedo cometer la impertinencia de beber en presencia suya —protestó.

El juez rechazó la queja en tono imperioso.

—Tendrá que acompañarme. Es una orden. Mozo, llena el vaso del *sahib* inspector y prepárale el almuerzo.

El subinspector le acercó el vaso al mozo para que se lo llenara.

—Si me lo ordena, no puedo desobedecer.

Empezó a relajarse. Se quitó el turbante y lo dejó encima de la mesa. No era como el de los sijs, este no debía volver a enrollarse cada vez que uno se lo ponía; consistía en tres metros de muselina caqui almidonada enrollada a un casquete azul que podía ponerse y quitarse como si fuera un sombrero.

—¿Cuál es la situación en Mano Majra?

—Todo bien, de momento. Recibimos informes regulares del *lambardar*^[12]. Por la aldea todavía no han pasado refugiados. Estoy convencido de que en Mano Majra ni siquiera saben que los británicos se han ido ni que el país se ha dividido en Pakistán e Hindustán. Algunos conocen a Gandhi, pero dudo de que alguien haya oído hablar de Mohamed Ali Jinnah.

—Eso es bueno. Debe tener bien vigilado Mano Majra. Es la aldea más importante a esta parte de la frontera. Está muy cerca del puente. ¿Algún tipejo?

—Solo un hombre, señor. Se llama Jugga. Su Señoría ordenó su confinamiento en la aldea. Se presenta al *lambardar* todos los días, y a la comisaría, una vez a la semana.

—¿Jugga? ¿Quién es?

—Seguro que recuerda a Juggut Singh, hijo del *dacoit* Alam Singh, al que ahorcaron hace dos años. Es ese tipo tan alto, el más alto de la región. Medirá un metro noventa y cinco. Y es ancho de espaldas. Parece un toro.

—Ah, sí, lo recuerdo. ¿Qué hace para no andar metiéndose en líos? Solía tener que vérmelas en el juzgado con él todos los meses.

El subinspector esbozó una ancha sonrisa.

—Lo que la policía del Punyab no ha conseguido, señor, lo ha logrado la magia de los ojos de una chica de dieciséis años.

Aquello despertó el interés de Hukum Chand.

—¿Tiene relaciones con alguien? —preguntó.

—Con la hija de un tejedor musulmán. Su tez es oscura, pero sus ojos lo son todavía más. Tiene a Jugga bien quietecito en la aldea, y nadie se atreve a decir una mala palabra de los musulmanes. Su padre, ciego, es el mulá de la mezquita.

Los dos bebieron cerveza y fumaron hasta que el mozo les sirvió el almuerzo. Siguieron bebiendo y comiendo y comentando la situación del

distrito hasta bien entrada la tarde. Con la cerveza y el copioso almuerzo, a Hukum Chand le entró sueño. Los estores de la veranda estaban bajados para mitigar el resplandor del sol de mediodía. El *punkah* se movía lentamente, adelante y atrás, con un chirrido cansado y quejumbroso. A Hukum Chand lo invadió el sopor, se sentía entumecido. Sacó su mondadientes de plata, se lo llevó a la boca y lo limpió en el mantel. Ni con eso logró ahuyentar el sueño. El subinspector advirtió que el juez iba dando cabezaditas y se levantó para marcharse.

—¿Me da su permiso para que me retire, señor?

—Si quiere descansar, aquí encontrará una cama.

—Es usted muy amable, señor, pero tengo un par de asuntos que atender en comisaría. Dejaré a dos agentes aquí. Si Su Señoría requiere mi presencia, me lo comunicarán.

—Bien —dijo el juez, vacilante—, ¿tiene algo previsto para esta noche?

—¿Cómo iba a pasarlo por alto? Si la chica no le gusta, haga que me aparten del servicio. Le diré al chófer dónde tiene que recoger al grupo.

El subinspector se despidió con un saludo y se marchó. El juez se tumbó en la cama para echar una cabezadita de media tarde.

El sonido del coche abandonando el *bungalow* despertó a Hukum Chand de su sueño. Enrollados y atados entre las columnas, los estores de junco que colgaban en la veranda formaban unos tubos enormes. Con su resplandor ambarino, el sol que se ponía suavizaba el blanco violento de la veranda. El hijo del barrendero, acurrucado en el suelo de ladrillo, tenía la cuerda del *punkah* agarrada en la mano. Su padre estaba rociando con agua el suelo del resto de la casa. Por la puerta de malla metálica se filtraba el olor a tierra húmeda mezclado con el dulce aroma del jazmín. Delante de la casa, los sirvientes habían dispuesto un gran felpudo cubierto con una alfombra. En un extremo de la alfombra había un sillón de mimbre, una mesa con una botella de whisky, un par de vasos y bandejas de entremeses salados. Bajo la mesa, en fila, varias botellas de soda.

Hukum Chand le dijo a su criado que le preparara el baño y le trajera agua caliente para poder afeitarse. Se encendió un cigarrillo y se tumbó en la cama; se quedó mirando fijamente al techo. Justo encima de su cabeza, dos salamanquesas se disponían a luchar. Fueron avanzando, acercándose la

una a la otra mientras emitían ruiditos ásperos. Se detuvieron cuando apenas las separaba medio centímetro y empezaron a mover la cola con amenazadora parsimonia hasta que sus cabezas chocaron. Sin que Hukum Chand tuviera tiempo de apartarse, cayeron al lado de su almohada con un ruido sordo. Lo invadió un sudor frío. Se levantó de la cama de un salto y se quedó mirando a las salamanquesas. Las salamanquesas se quedaron mirándolo a él; seguían pegadas, sujetas por los dientes como si estuvieran besándose. Los pasos del mozo rompieron el hipnótico silencio en el que el juez y las salamanquesas habían estado observándose. Las salamanquesas corrieron cama abajo y pared arriba hacia el techo. Hukum Chand tenía la sensación de haberlas tocado y de haberse ensuciado las manos. Se las frotó en la falda de la camisa. No se trataba de esa clase de suciedad que puede lavarse con un paño o con agua.

El mozo entró con un tazón de agua caliente y dejó los útiles para el afeitado en la cómoda. Puso en una silla la ropa de su señor: una camisa de muselina fina y un par de pantalones anchos que ceñía con un cordón de color azul eléctrico trenzado con hilo de plata. Limpió los zapatos negros del juez hasta dejarlos bien brillantes y los colocó al lado de la silla.

Hukum Chand se afeitó y se bañó con mucho esmero. Después del baño, se aplicó loción en la cara y los brazos, y se perfumó con polvos de talco. Se echó un poco de colonia en los dedos. La brillantina le daba a su cabello un aspecto suave y mojado y revelaba sus raíces blancas. Habían pasado dos semanas desde que se había teñido. Se atusó el bigote con cera e hizo girar sus extremos hasta que quedaron bien tiesos, apuntándole a los ojos. En las raíces del bigote también se apreciaban el blanco y el púrpura. Se puso la camisa de muselina fina, bajo la que se transparentaba, bien visible, una camiseta sin mangas de Aertex. Los pantalones, en su caída, formaban pliegues almidonados perfectamente dispuestos. Pasó por la ropa un algodón empapado en perfume de rosa almizcleña. Cuando estuvo listo, miró al techo: las salamanquesas lo miraban con esos puntitos negros y brillantes que tenían por ojos.

El coche americano volvió a entrar en el jardín. Hukum Chand se acercó a la puerta de malla metálica atusándose el bigote. Del coche bajaron dos mujeres y dos hombres. Uno llevaba un armonio y el otro, un par de

tambores. Una de las mujeres era vieja y se había teñido el pelo, blanco, con el naranja vivo de la henna. La otra era una joven con la boca llena de hojas de betel y un diamante brillando en uno de los lados de su nariz chata. Llevaba un pequeño fardo que, cuando ella salió del coche, empezó a tintinear. Los cuatro se sentaron en la alfombra.

Hukum Chand se examinó cuidadosamente en el espejo. Advirtió el blanco de la raíz de su cabello y volvió a alisárselo. Se encendió un cigarrillo y, como acostumbraba, cogió la pitillera y la caja de cerillas. Entreabrió la puerta de malla y, gritando, le dijo al mozo que sacara el whisky: sabía que ya estaba en la mesa, pero así avisaba a los de fuera de su llegada. Cuando salió, dejó que la puerta se cerrara de un portazo. Con pasos deliberadamente lentos, remachados por el chirrido de sus relucientes zapatos, se dirigió al sillón de mimbre.

El grupo se levantó del suelo para saludar al juez. Los dos músicos le hicieron una reverencia inclinando la cabeza. La vieja desdentada rompió en una sonora cantinela de alabanza: «Que tu fama y tu honor no dejen nunca de crecer; que de tu pluma salgan miles y cientos de miles...». La joven se limitó a mirarlo fijamente con sus grandes ojos perfilados con antimonio y negro de humo. Con un gesto de la mano, el juez les ordenó que se sentaran. La voz de la anciana se convirtió en un gimoteo. Los cuatro se sentaron en la alfombra.

El mozo le sirvió el whisky con soda a su señor, quien le dio un buen trago y se secó el bigote con el dorso de la mano sin dejar de girar sus puntas nerviosamente. La joven abrió el fardo y se ató a los tobillos unas ajorcadas de cascabeles. Uno de los músicos tocó una única nota al armonio. Su compañero, mientras tanto, golpeaba el canto de los tambores con un mazo diminuto y martilleaba el anillo de bloques de madera dispuestos entre las correas de cuero para tensarlas o aflojarlas; luego se puso a pegar con los dedos la piel blanca y tensa hasta que logró afinar los tambores con el armonio. El acompañamiento estaba listo.

La joven escupió una saliva que el betel había teñido de rojo y, para aclararse la garganta, tosió expulsando flema. La vieja habló.

—Amigo de los pobres, ¿qué desea Su Señoría? ¿Algo clásico, algo *pukkha*?^[13] ¿O una canción de amor?

—No, nada tradicional. Algo de alguna película. Una canción de película, una buena. En punyabí, a ser posible.

La joven le hizo una reverencia.

—Como ordenes.

Los músicos juntaron la cabeza y, tras consultar brevemente con la chica, se pusieron a tocar. Sonó un redoble de tambores que fue amortiguándose para que pudiera entrar el armonio y luego los dos músicos tocaron durante un rato mientras la chica seguía sentada con aire aburrido e indiferente. Cuando la pieza introductoria llegó a su fin, la muchacha se sonó la nariz y volvió a aclararse la garganta. Se llevó la mano izquierda a la oreja y alargó la derecha hacia el juez para dirigirse a él en un estridente falsete.

Oh, mi amor que ya no estás,
ya no quiero respirar,
por llorar no alcanzo a ver,
solo puedo suspirar.
Como polilla en la llama,
que en la llama halla tormento,
tengo un fuego en las entrañas,
que me deja sin aliento.
Por las nochesuento estrellas,
de día sueño con tu ser,
cuando regreses conmigo
y tu rostro vuelva a ver.

La joven se detuvo. Los músicos se pusieron a tocar de nuevo para que pudiera cantar el estribillo:

Carta, cuéntale a mi amado
que su ausencia me ha quemado.

Cuando la chica hubo terminado su canción, Hukum Chand lanzó un billete de cinco rupias a la alfombra. La joven y los músicos inclinaron la

cabeza. La anciana cogió el dinero y se lo metió en el monedero, proclamando: «Que gobiernes para siempre; que de tu pluma salgan cientos de miles; que...».

Se reanudó el canto. Hukum Chand se sirvió un whisky solo y se lo bebió de un trago. Se limpió el bigote con la mano. No se atrevía a echarle un buen repaso a la chica, que en ese momento cantaba una canción que él conocía muy bien; había oído a su hija tarareándola:

En la brisa flota
mi velo de gasa roja.
¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

Hukum Chand se sintió incómodo. Se tomó otro whisky y acalló su conciencia. La vida era demasiado corta para andar teniendo conciencia. Se puso a llevar el ritmo de la canción chasqueando los dedos y dándose palmadas en los muslos a cada «¡Oh, sí! ¡Oh, sí!».

El crepúsculo dio paso a una noche sin luna. En las ciénagas, cerca del río, croaban las ranas. En los juncos chirriaban las cigarras. El mozo les trajo una lámpara de gas de queroseno que emitía un débil silbido y una intensa luz azulada. Proyectó su sombra sobre Hukum Chand, que miraba fijamente a la chica, sentada al resguardo de la luz. No era más que una niña, y ni siquiera muy guapa, pero era joven y todavía estaba por explorar, eso era todo. Sus pechos, que apenas si alcanzaban a llenarle el corpiño, no habrían conocido el tacto de la mano de un varón. Una ocurrencia cruzó la mente del juez —quizá la muchacha fuera más joven que su hija—, pero la ahogó con otro whisky. Así era la vida, y debías tomártela como viniera, libre de convencionalismos y valores estúpidos que solo se respetaban de boquilla. Ella quería su dinero, y él... bueno. A fin de cuentas, ella era una prostituta, no había más que verla: las lentejuelas plateadas de su sari negro centelleaban, el diamante de su nariz brillaba como una estrella. Hukum Chand se tomó otro trago para disipar las dudas que todavía le quedaban. Esta vez se secó el bigote con su pañuelo de seda. Empezó a tararear más alto y chasqueó los dedos con un gesto elaborado.

A una canción de película le fue siguiendo otra hasta que se agotaron todas las canciones indias versionadas como tangos y sambas que Hukum Chand conocía.

—Canta cualquier cosa que te sepas —ordenó el juez con señorial condescendencia—, algo nuevo y alegre.

La joven se puso a cantar una canción con varias palabras en inglés:

Sunday after Sunday, O my life.

Hukum Chand explotó en un elogioso «¡Wah, Wah!». Cuando la chica hubo terminado su canción, en lugar de lanzarle un billete de cinco rupias le pidió que se acercara y se lo cogiera de la mano. La vieja empujó a la muchacha.

—Ve. El *sarkar*^[14] te llama.

La muchacha se levantó y se dirigió a la mesa. Tendió la mano para coger el dinero. Hukum Chand retiró la mano y se puso el billete sobre el corazón. Sonrió lascivamente. La chica miró a sus acompañantes buscando ayuda. Hukum Chand dejó el billete en la mesa, pero antes de que ella pudiera alcanzarlo volvió a cogerlo y se lo colocó sobre el pecho. En su cara, la sonrisa se hizo más ancha. La chica dio media vuelta para reunirse con los otros. Hukum Chand volvió a sacar el billete por tercera vez.

—Ve con el *sarkar* —le suplicó la anciana. La chica se volvió, obediente, para dirigirse hacia el juez. Hukum Chand le pasó el brazo por la cintura.

—Cantas bien.

La chica se quedó mirando a sus acompañantes con la boca abierta y los ojos como platos.

—El *sarkar* está hablando contigo. ¿Por qué no le contestas? —la reprendió la vieja—. La chica es joven y muy tímida, *sarkar*. Ya aprenderá.

Hukum Chand llevó a los labios de la joven un vaso de whisky.

—Bebe un poco. Un sorbito solo, hazlo por mí —le rogó.

La chica seguía con la boca cerrada, sin inmutarse. La vieja volvió a hablar.

—La chica no ha bebido nunca, *sarkar*. Todavía no ha cumplido los dieciséis, es completamente inocente. Nunca ha estado en compañía de un hombre. La he criado para el disfrute de Su Señoría.

—Aunque no beba, algo comerá, entonces —dijo Hukum Chand. Prefirió hacer caso omiso del resto del discurso de la vieja. Cogió una albóndiga de la bandeja y trató de meterla en la boca de la joven. Ella la aceptó y se la comió.

Hukum Chand tiró de ella para llevarla a su regazo y se puso a jugar con su pelo. Lo llevaba muy aceitado y dispuesto en ondas que sujetaba con chillonas horquillas de celuloide. Retiró un par de horquillas para soltarle el moño de la nuca. El pelo le cayó sobre los hombros. Los músicos y la vieja se levantaron.

—¿Nos das permiso para que nos retiremos?

—Sí, marchaos. El conductor os llevará a casa.

La anciana, a voz en grito, volvió a entonar una cantinela: «Que tu fama y tu honor no dejen nunca de crecer; que de tu pluma salgan miles, no, cientos de miles...».

Hukum Chand sacó un fajo de billetes y lo dejó en la mesa para que lo cogiera. Luego el grupo subió al coche y dejó al juez con la chica sentada en su regazo; el mozo esperaba órdenes.

—¿Sirvo la cena, señor?

—No, deja la comida en la mesa. Nosotros nos serviremos. Puedes irte.

El mozo dejó la comida y se retiró a las dependencias de servicio.

Hukum Chand alargó la mano y apagó la lámpara de queroseno, que, emitiendo un sonoro silbido, los sumió en la oscuridad más completa. Solo parpadeaba una luz pálida y amarillenta en el dormitorio. Hukum Chand decidió quedarse fuera.

El tren de mercancías había desenganchado los vagones de Mano Majra y salía de la estación derecho al puente. Se acercaba con gran estrépito, señalando su avance con las chispas que saltaban de la chimenea de la locomotora. Estaban echando carbón en el fogón. Un resplandor amarillo rojizo se extendía por los arcos del puente y se perdía detrás de la jungla que quedaba en la otra orilla. El ruido del tren iba volviéndose cada vez más débil. Al pasar, dejó una sensación de intimidad.

Hukum Chand se sirvió otro whisky. La chica estaba sentada en su regazo, frígida y agarrotada.

—¿Estás enfadada conmigo? ¿No quieres hablarme? —le preguntó Hukum Chand arrimándose más. La chica ni respondió ni le devolvió la mirada.

El juez no sentía un particular interés por las reacciones de la joven. Él había pagado. Acercó la cara de la chica a la suya y empezó a besarle la nuca y las orejas. Ya no podía oír el tren de mercancías, que había dejado los campos completamente solos; lo que Hukum Chand oía era su respiración acelerándose. Aflojó la correa del corpiño de la chica.

El sonido de un disparo quebró el silencio de la noche. La joven se zafó del juez y se levantó.

—¿Has oído un disparo?

La chica asintió en silencio.

—Será un *shikari*^[15] —respondió; era la primera vez que le hablaba. Se abrochó el corpiño.

—Nadie sale de *shikar* en una noche tan oscura.

Los dos se quedaron un rato en silencio —el hombre, un poco inquieto; la chica, libre de las atenciones de un amante cuyo aliento olía a whisky, tabaco y piorrea. Pero ese silencio le decía a Hukum Chand que todo iba bien. Se tomó otro whisky para afianzar su certeza. La chica comprendió que no tenía escapatoria.

—Será un petardo. Alguien que se casa o algo así —dijo Hukum Chand rodeando a la muchacha con los brazos. Le dio un beso en la nariz—. Casémonos nosotros también —añadió con una mirada lasciva.

La joven no respondió. Dejó que la arrastrara hasta la mesa, entre bandejas llenas de albóndigas rancias y ceniza de cigarrillo. Hukum Chand las apartó de un manotazo y reanudó su actividad amorosa. La muchacha se sometió a sus toqueteos sin rechistar. Él la levantó y la llevó de la mesa a la alfombra, entre vasos, platos y bandejas. Ella se cubrió el rostro con el extremo suelto de su sari y lo volvió hacia un lado para esquivar el aliento de Hukum Chand, que se puso a hurgar entre sus ropas.

Desde Mano Majra llegaba el ruido de gente gritando y los ladridos nerviosos de los perros. Hukum Chand levantó la vista. Sonaron dos

disparos que silenciaron el griterío y los ladridos. Con un sonoro juramento, Hukum Chand dejó a la muchacha, que se levantó alisándose y recomponiéndose el sari. De las dependencias de servicio llegaron el mozo y el barrendero; llevaban linternas y hablaban muy nerviosos. Al cabo de un rato, el chófer enfiló el sendero de entrada con el coche, cuyos faros iluminaron la fachada del *bungalow*.

La mañana siguiente al *dacoity*, la estación de tren estaba más abarrotada que de costumbre. Algunos vecinos del lugar solían acercarse hasta ahí para ver cómo entraba a la estación el tren de pasajeros de Delhi a Lahore de las diez y media. Les gustaba ver a los escasos viajeros que cogían el tren en Mano Majra y también a los que se apeaban. Disfrutaban con las interminables discusiones sobre el retraso que llevaba el tren tal o cual día y sobre la última vez que había llegado puntual. Desde la división del país, la actividad revestía un interés mayor: ahora los trenes solían llevar unas cuatro o cinco horas de retraso y, en ocasiones, incluso veinte. Llegaban de Pakistán cargados de refugiados sijs e hindúes, o de la India cargados de musulmanes. Los viajeros iban encaramados al techo de los vagones con las piernas colgando, o subidos a unas literas apretujadas entre los bogies. Algunos iban peligrosamente montados sobre los topes.

Esa mañana el tren llegó con solo una hora de retraso, casi como antes de la guerra. Cuando entró en la estación echando vapor, con los gritos de los vendedores ambulantes en el andén y el ir y venir afanado de los pasajeros llamándose unos a otros, parecía que muchos viajeros se fueran a quedar ahí, pero cuando el jefe de tren tocó el silbato para arrancar, casi todos estaban ya de vuelta en el tren. En el andén, al lado de los vendedores ambulantes, solo quedó un solitario campesino sij; llevaba un bastón de bambú con punta de hierro y lo seguía su mujer, que sostenía un bebé apoyado en la cadera. Él levantó un colchón enrollado, se lo llevó a la cabeza y lo sujetó ahí con una mano; en la otra cargaba con una lata grande de mantequilla clarificada. La vara de bambú la llevaba sujetada bajo el brazo, arrastrando un extremo por el suelo. Dos billetes verdes asomaban bajo un bigote que, del labio superior, le llegaba a la barba. La mujer vio la fila de

caras que observaban desde el otro lado de la verja de hierro de la estación y se cubrió el rostro con el velo. Siguió a su marido entre el repiqueteo de sus sandalias sobre la grava y el tintineo de sus adornos de plata. El jefe de estación cogió los billetes de la boca del campesino y dejó que la pareja pasara al otro lado de la verja, donde se perdió en un revuelo de saludos y abrazos.

El jefe de tren tocó el silbato por segunda vez y agitó la bandera verde. Luego, de un compartimento que quedaba justo detrás de la locomotora salieron unos agentes de policía. Eran doce agentes y un subinspector. Llevaban rifles y cinturones Sam Browne bien cargados de munición. Dos traían cadenas y esposas. Del otro extremo del tren, cerca del furgón, un joven bajó del tren. Vestía camisa blanca y larga, chaleco marrón de algodón basto y pantalones anchos, y llevaba una bolsa de viaje. Bajó del tren con cautela atusándose el pelo alborotado y mirando en todas direcciones. Era un hombrecito pequeño de aspecto algo afeminado. La visión de los agentes lo envalentonó. Levantó la bolsa de viaje sobre el hombro izquierdo y se dirigió con desenvoltura hacia la salida. Los aldeanos vieron cómo el joven y el grupo de policías avanzaban desde puntos opuestos hacia el jefe de estación, que estaba de pie al lado de la entrada. Había abierto la verja de par en par para que pasaran los agentes y ahora se inclinaba obsequiosamente ante el subinspector. El joven fue el primero en llegar a la entrada. Se detuvo entre el jefe de estación y los agentes. El jefe de estación le cogió el billete, pero el joven ni se movió ni le cedió el paso al subinspector.

—¿Podrías decirme, *sahib* jefe de estación, si en esta aldea hay algún lugar en el que pueda alojarme?

El jefe de estación estaba irritado, pero el acento de ciudad del visitante, su aspecto, sus ropas y la bolsa lo obligaban a mantener su genio a raya.

—No hay hoteles ni posadas en Mano Majra —respondió con educado sarcasmo—. Solo un templo sij. En el centro de la aldea verás el mástil amarillo del templo.

—Muchísimas gracias, señor.

El grupo de agentes y el jefe de estación examinaron al joven con cierto recelo. En esa región, los «muchísimas gracias» no eran muy frecuentes.

Casi todos los que se andaban con ese «muchísimas gracias» habían estudiado en el extranjero. Al parecer, por la zona corrían jóvenes de buena familia educados en Inglaterra; vestían como campesinos para dedicarse al trabajo social, a concienciar a los campesinos. De algunos se sabía que eran agentes comunistas; otros eran hijos de millonarios, y otros, de altos funcionarios del gobierno. Iban todos en busca de problemas, y podían hacer mucho ruido. Convenía andarse con ojo.

El joven salió de la estación y se dirigió a la aldea. Caminaba muy derecho unos metros por delante de los agentes. Iba inquieto, consciente de la atención que despertaba: un picor en la nuca le decía que estaban mirándolo, hablando de él. Ni se rascó ni se volvió a mirar; siguió caminando igual que un soldado. Vio el mástil envuelto en tela amarilla coronado por un banderín triangular, elevándose sobre un conglomerado de chozas de adobe. La bandera sij ostentaba un símbolo de color negro: un aro atravesado por una daga bajo la cual se veían dos espadas cruzadas. Avanzó por el polvoriento sendero flanqueado por chumberas raquíáticas que lo separaban de los campos. El sendero iba serpenteando entre las chozas de adobe hasta que llegaba al centro de la aldea, donde convergían las fachadas de la casa del prestamista, la mezquita y el templo. Media docena de aldeanos charlaban sentados sobre una tarima de madera a la sombra de la higuera sagrada. En cuanto vieron a los agentes se levantaron y los siguieron para entrar en casa de Ram Lal. Ninguno se fijó en el forastero.

El joven cruzó la puerta abierta del patio del templo. Frente a la entrada había una sala enorme; ahí, envuelto en sedas de colores chillones y protegido bajo una marquesina de terciopelo, yacía el Granth, el libro sagrado de los sijs. A un lado había dos estancias. Pegada a la pared, una escalera conducía a la azotea. En la otra punta del patio había un pozo con un parapeto alto, y al lado se alzaba una columna de piedra de un metro veinte sobre la que descansaba el larguísimo mástil, cubierto por una tela amarilla como si fuera un calcetín.

El joven no vio a nadie por ahí. Oía el golpeteo de la ropa mojada contra las losas de piedra. Caminó tímidamente hasta el otro lado del pozo. Un viejo sij se levantó; llevaba pantalones cortos de color blanco y de la barba le goteaba agua.

—*Sat Sri Akal*^[16]

—*Sat Sri Akal.*

—¿Puedo quedarme un par de días o tres?

—Esto es el *gurdwara*, la casa del Gurú. Aquí puede quedarse quien quiera, pero debes llevar la cabeza cubierta, y está prohibido entrar con cigarrillos o tabaco y fumar.

—No fumo —respondió el joven dejando la bolsa de viaje en el suelo y cubriéndose la cabeza con un pañuelo.

—No, *sahib babu*^[17], solo tendrás que cubrirte la cabeza y quitarte los zapatos si te acercas al libro, al *sahib Granth*. Deja el equipaje en esa habitación y ponte cómodo. ¿Querrás comer algo?

—Muy amable, pero llevo comida.

El anciano acompañó al visitante hasta la habitación que estaba libre y luego volvió al pozo. El joven entró en la habitación. Como único mueble, un *charpoy* en el centro. De una pared colgaba un gran calendario en color con un retrato del Gurú montado a caballo y con un halcón en la mano. Al lado del calendario había unos clavos para colgar la ropa.

El visitante vació su bolsa. Sacó el colchón neumático y se puso a inflarlo sobre el *charpoy*. Sobre el colchón tendió unos pantalones anchos y un vestido de seda. Sacó una lata de sardinas, otra de mantequilla australiana y un paquete de galletas saladas. Agitó la botella de agua: estaba vacía.

El anciano *sij* se le acercó peinándose la larga barba con los dedos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mientras se sentaba en el umbral de la puerta.

—Iqbal. ¿Y tú?

—¿Iqbal Singh? —precisó el anciano. Sin esperar respuesta, continuó

—. Soy el *bhai*^[18] del templo. *Bhai Meet Singh*. ¿Qué vienes a hacer a Mano Majra, Iqbal Singh?

Al ver que el anciano no insistía en la primera pregunta que le había hecho, el joven se sintió aliviado. Así no tendría que decirle qué Iqbal era. Podría ser musulmán y llamarse Iqbal Mohamed. Podría ser hindú, un Iqbal Chand, o *sij*, Iqbal Singh. Ese era uno de los pocos nombres que las tres comunidades tenían en común. Aun con el pelo corto y la barba afeitada, en

una aldea sij a un Iqbal Singh le irían mejor las cosas que a un Iqbal Mohamed o a un Iqbal Chand. A él, personalmente, la religión no le interesaba gran cosa.

—Soy trabajador social, *bhaiji*. Hay mucho que hacer en nuestras aldeas. La división ha traído tanto derramamiento de sangre que alguien deberá hacer algo para ponerle fin. He llegado enviado por mi partido porque este es un punto crucial en el desplazamiento de refugiados. Los disturbios aquí serían desastrosos.

El *bhai* no parecía interesado en el trabajo de Iqbal.

—¿De dónde eres, Iqbal Singh?

Iqbal sabía que no se refería a él, sino a sus antepasados.

—Vengo del distrito de Jhelum, que ahora está en Pakistán, pero he pasado mucho tiempo en países del extranjero. Cuando has visto mundo, te das cuenta de lo atrasados que estamos aquí y te entran ganas de ponerle remedio. Por eso me dedico al trabajo social.

—¿Cuánto te pagan?

Iqbal había aprendido a no ofenderse por preguntas de ese tipo.

—No me pagan mucho, solo los gastos.

—¿También pagan los gastos de tu mujer y de tus hijos?

—No, *bhaiji*. No estoy casado. Yo...

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete. Dime una cosa, ¿a la aldea se acercan otros trabajadores sociales? —Iqbal decidió hacer preguntas para detener el interrogatorio de Meet Singh.

—A veces vienen los misioneros americanos.

—¿Te gusta que los cristianos prediquen su religión en tu aldea?

—Cada uno es libre de tener la religión que quiera. Aquí al lado está la mezquita musulmana. Cuando le rezó a mi Gurú, el tío imán Baksh llama a Alá. ¿Cuántas religiones tienen en Europa?

—Hay cristianos de todo tipo. No se pelean por su religión como hacemos aquí. La religión no les preocupa mucho.

—Eso he oído —dijo Meet Singh cansinamente—. Por eso no tienen moralidad. Los *sahibs* y sus mujeres se mezclan con otros *sahibs* y sus mujeres. Eso no está bien, ¿verdad?

—Pero ellos no mienten como nosotros, y tampoco son corruptos y deshonestos como tantos de nosotros —respondió Iqbal.

Sacó su abrelatas y abrió la lata de sardinas. Esparcio el pescado sobre una galletita y siguió hablando mientras comía.

—La moralidad, Meet Singhji, es cuestión de dinero. Como los pobres no pueden permitírsela, recurren a la religión. Nuestro mayor problema es dar a la gente más comida, más ropa y más comodidades. Eso puede conseguirse poniendo fin a la explotación de los ricos y acabando con los terratenientes. Y eso solo sucederá cambiando el gobierno.

Con una fascinación teñida de asco, Meet Singh observó al joven comerse el pescado entero, cabeza, ojos y cola. No le prestaba demasiada atención al sermón sobre el endeudamiento rural, la renta nacional media y la explotación capitalista que, mezclado con migas de galleta, salía de la boca del joven. Cuando Iqbal hubo terminado de comer, Meet Singh se levantó y le dio un vaso de agua de su jarra. Iqbal no dejó de hablar. Cuando el *bhai* salió, se limitó a alzar la voz.

Iqbal se sacó del bolsillo un paquetito de papel de celofán, cogió una pastilla blanca y la echó en el vaso. Había visto cómo el pulgar de Meet Singh —con su luna creciente de mugre bajo la uña— se hundía en el agua. Y, además, era agua de un pozo en el que no habrían echado cloro.

—¿Estás enfermo? —preguntó el anciano al ver que el joven esperaba a que la pastilla se disolviera.

—No, esto me ayuda a digerir la comida. Los de ciudad necesitamos estas cosas después de las comidas.

Iqbal retomó su discurso.

—Y para colmo —continuó—, en lugar de proteger al ciudadano, el sistema policial lo maltrata y se nutre de la corrupción y los sobornos. Estoy seguro de que todo esto ya lo sabes.

El anciano asintió en silencio. Antes de que pudiera añadir un comentario, el joven volvió a hablar.

—En mi tren llegó un grupo de agentes con un inspector. Se comerán todos los pollos de la aldea, sin duda, el inspector sacará algo de dinero en sobornos y seguirán hasta la siguiente aldea. Parece que no tengan nada mejor que hacer que desplumar a la gente.

La referencia a la policía sacó al anciano de su distracción.

—Así que, después de todo, la policía ha venido. Debo ir a ver qué hacen. Estarán en casa del prestamista. Lo asesinaron anoche, justo enfrente del *gurdwara*. Los *dacoits* se llevaron un montón de dinero en efectivo y más de cinco mil rupias en joyas de oro y plata de las mujeres de la casa.

Meet Singh advirtió que había despertado el interés del joven y se levantó lentamente.

—Debo ponerme en marcha —repitió—. La aldea entera estará ahí. Se llevarán el cuerpo para que un médico lo examine. A un hombre asesinado no lo pueden incinerar hasta que el médico certifique su defunción.

—El anciano esbozó una sonrisa irónica.

—¡Un asesinato! ¿Por qué? ¿Por qué lo mataron? —balbuceó Iqbal, algo desconcertado. Le asombraba que Meet Singh hubiera dejado pasar todo ese tiempo sin mencionar el asesinato de un vecino—. ¿Ha habido desórdenes en el pueblo? ¿Puedo quedarme aquí? Supongo que con la aldea entera revolucionada con el asesinato, no podré hacer gran cosa.

—Caramba, *sahib babu*. ¿Vienes a poner fin a las matanzas y basta con una sola muerte para que te alteres? —preguntó Meet Singh con una sonrisa—. Pensaba que habías venido a detener las matanzas, *sahib babu*. Pero en Mano Majra estarás a salvo. Los *dacoits* solo vienen a la aldea una vez al año. Dentro de unos días habrá un *dacoity* en otra aldea y la gente se olvidará de este. Un día podemos organizar una reunión, por la noche, después de la oración vespertina, así podrás decirle a la gente todo lo que quieras. Será mejor que descanses. Regresaré para contarte qué ha pasado.

El anciano salió del patio renqueando. Iqbal cogió la lata vacía, el cuchillo, el tenedor y el plato de lata y los llevó al pozo para lavarlos.

Por la tarde Iqbal se tumbó en el basto *charpoy* de cuerda y trató de dormir un poco. Había pasado la noche en un compartimento de tercera abarrotado, sentado sobre su petate. Cada vez que lograba echar una cabezadita, el tren se detenía en algún apeadero y el compartimento se llenaba de más campesinos con sus mujeres, sus ropas y sus baúles de hojalata. Algún niño que dormía en el regazo de su madre se ponía a berrear hasta que le

llevaban un pecho a la boca que ahogaba su llanto. El griterío no cesaba hasta mucho después de que el tren hubiera salido de la estación. Y lo mismo volvía a repetirse una vez, y otra, y otra más, hasta que en un compartimento de cincuenta plazas había casi doscientas personas sentadas en el suelo, en los asientos, en portaequipajes, en baúles, en petates o en otras personas, y de pie por los rincones. Afuera las había por docenas, peligrosamente encaramadas a los estribos de los coches o agarradas a los tiradores de las puertas. Había algunas en el techo. El calor y el olor eran sofocantes. Como los ánimos estaban crispados, a cada rato estallaban discusiones porque uno ocupaba demasiado sitio o porque le había pisado el pie a otro de camino al servicio. Entonces amigos y parientes de un bando y el otro se sumaban a la pelea seguidos del resto de pasajeros, deseosos de poner paz. Iqbal había tratado de leer a la débil luz de la lámpara, moteada de sombras de polillas que revoloteaban alrededor del globo. No pudo ni terminar un párrafo antes de que su vecino le hiciera una observación.

—Está leyendo.

—Sí, estoy leyendo.

—¿Qué lee?

—Un libro.

No había funcionado. El hombre le había cogido el libro de las manos y lo había hojeado.

—¿Inglés?

—Sí, inglés.

—Habrá estudiado, entonces.

Iqbal no respondió.

El libro había ido de mano en mano por el compartimento, objeto de inspección. Todos los pasajeros miraban a Iqbal. Había estudiado y, por tanto, era de otra clase: era un *babu*.

—¿Cuál es el honorable nombre de Su Señoría?

—Mi nombre es Iqbal.

—Que su *iqbal*^[19] no deje nunca de crecer.

El hombre lo había tomado por musulmán. Tanto mejor. Todos los pasajeros parecían musulmanes de camino a Pakistán.

—¿Dónde moran sus riquezas, *sahib babu*?

—Mi humilde morada está en el distrito de Jhelum —le había contestado Iqbal sin dejar entrever signos de irritación. La respuesta confirmaba su probable fe musulmana: Jhelum estaba en Pakistán.

A partir de aquel momento, al interrogatorio se unieron otros pasajeros e Iqbal no tuvo más remedio que ir respondiendo: en qué trabajaba, cuál era su fuente de ingresos, de qué patrimonio disponía, dónde había estudiado, por qué no se había casado, qué enfermedades había sufrido... Los pasajeros, a su vez, comentaron sus problemas familiares y sus enfermedades y le pidieron consejo. ¿Sabía Iqbal si, cuando estaban en «baja forma», los ingleses recurrián a alguna fórmula secreta hecha con hierbas? Iqbal había desistido de su empeño de leer o dormir. La conversación se prolongó hasta altas horas. Habría descrito el viaje como insufrible de no haber sido porque los límites a los que la capacidad de sufrimiento podía llegar en la India vaciaban al adjetivo de todo su significado. Se apeó en Mano Majra con un suspiro de alivio. Podía respirar aire fresco. Estaba deseando dormir una buena siesta.

Pero Iqbal no podía conciliar el sueño. No había ventilación en la habitación, que olía a tierra y a humedad. En un rincón había un montón de ropa que apestaba a mantequilla clarificada, y por ahí revoloteaban un montón de moscas. Iqbal se llevó un pañuelo a la cara. Casi no podía respirar. Y así, justo cuando había conseguido caer dormido, Meet Singh entró en la habitación exclamando filosóficamente:

—Robarle a un vecino es como robarle a tu propia madre. Esto es el *Kali Yuga*, Iqbal Singh, la edad oscura. ¿Has oído alguna vez que los *dacoits* roben en casa de sus vecinos? Ahora ya no queda moralidad en el mundo.

Iqbal se apartó el pañuelo de la cara.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —repitió Meet Singh con asombro fingido—. ¡Pregúntame qué no ha pasado! La policía fue a buscar a Jugga, que es un *badmash* número diez^[20]. Pero Jugga había huido, se había fugado. Hallamos parte del botín en su casa: una bolsa llena de brazaletes; así que ya sabemos quién lo hizo. No es el primer asesinato que ha cometido, lo lleva en la sangre: su padre y su abuelo también eran *dacoits* y terminaron

colgados por asesinato, pero nunca les robaron a sus vecinos. En realidad, cuando estaban en casa ningún *dacoit* se atrevía a entrar en Mano Majra. Juggut Singh ha deshonrado a su familia.

Iqbal se incorporó y se frotó la frente. A él, con su visión del mundo pasada por el tamiz inglés, el código moral de sus compatriotas lo desconcertaba, y el código moral punyabí, todavía más. Para la gente del Punyab, la verdad, el honor y la integridad económica «estaban bien», pero en su escala de valores ocupaban un lugar inferior al de la lealtad al patrón, a los amigos y a los vecinos. Por los amigos podías hacer trampas y mentir ante un tribunal y nadie te culparía. Al contrario, te verían como un *naradmi*, un hombre de verdad que, tras desafiar a la autoridad (los jueces y la policía) y a la religión (el juramento sobre las Escrituras), había respetado la amistad. Esa actitud era una proyección de una sociedad rural en la que todos los habitantes de una aldea estaban emparentados y en la que la lealtad a la aldea era el valor supremo. Lo que le molestaba a Meet Singh, sacerdote, no era que Jugga hubiese cometido un asesinato, sino que se hubiera manchado las manos con la sangre de un vecino. Si Jugga hubiera matado en la aldea de al lado, Meet Singh se habría ofrecido a defenderlo y habría jurado sobre el santo Granth que, en el momento del asesinato, Jugga estaba rezando en el templo. Iqbal ya estaba cansado de hablar con gente como Meet Singh: no entendían nada. Había llegado a la conclusión de que él no encajaba en la India.

Al ver que no conseguía despertar el interés de Iqbal, Meet Singh se sintió decepcionado.

—Has visto mundo y has leído libros, pero créeme: una serpiente podrá mudar la piel, pero nunca perderá su veneno. Este refrán vale cien mil rupias.

Iqbal no demostró gratitud alguna por ese refrán tan valioso.

—Jugga llevaba una temporada por el buen camino —explicó Meet Singh—. Araba la tierra y cuidaba del ganado; nunca salía de la aldea, y cada día se presentaba ante el *lambardar*. Pero ¿durante cuánto tiempo puede andar por el buen camino una serpiente? Lleva el crimen en la sangre.

—El crimen no se lleva en la sangre, y la bondad, tampoco —respondió Iqbal mientras se levantaba. Esa era una de sus teorías preferidas—. ¿Se ha molestado alguien en averiguar por qué la gente asalta y roba y mata? ¡No! ¡Los meten en la cárcel o los ahorcan! Es más fácil. Si el miedo a la horca o a la celda hubiera logrado disuadir a ladrones o asesinos, ya no habría robos ni asesinatos. Y no los disuade. En esta provincia cuelgan a un hombre todos los días, pero asesinan a diez cada veinticuatro horas. No, *bhaiji*, el criminal no nace: lo hacen el hambre, la necesidad y la injusticia.

Iqbal se sintió un poco ridículo por haber salido con estos tópicos. Debía controlar esta costumbre suya de convertir las conversaciones en sermones. Retomó el tema.

—Supongo que si Jugga es tan conocido, lo cogerán fácilmente.

—Jugga no puede ir muy lejos. Se le reconoce a la legua. Le saca un brazo a cualquiera. El *sahib* juez ya ha dado órdenes a todas las comisarías de que salgan en su búsqueda.

—¿Quién es el *sahib* juez? —preguntó Iqbal.

—¿No conoces al juez? —Meet Singh estaba sorprendido—. Es Hukum Chand. Se aloja en el *dak bungalow* que queda al norte del puente. Es todo un *naradmi*. Empezó de agente de a pie, y ¡míralo ahora! Como siempre tuvo a los *sahibs* contentos, fueron concediéndole un ascenso tras otro. El último *sahib* le cedió su puesto y lo nombró juez. Sí, Iqbal Singhji, Hukum Chand es un *naradmi*, y muy listo, también. Es leal a sus amigos y siempre les resuelve sus asuntos. Docenas de parientes suyos tienen un buen trabajo gracias a él. No encontrarás nada falso en él; es un tipo entre un millón.

—¿Es amigo tuyo?

—¿Amigo? No, no —protestó Meet Singh—. Yo soy un humilde *bhai* del *gurdwara* y él es un emperador. Él es el *sarkar* y nosotros, sus súbditos. Si viene a Mano Majra, lo verás.

Se produjo una pausa en la conversación. Iqbal deslizó los pies en las sandalias y se levantó.

—Tengo que salir a dar un paseo. ¿Qué dirección me recomiendas?

—Ve en la dirección que quieras, es todo campo. Ve al río, verás el ir y venir de los trenes. Si cruzas la vía, verás el *dak bungalow*. No vuelvas tarde, son malos tiempos y no conviene estar fuera al anochecer. Además, le

he dicho al *lambardar* y al tío imán Baksh, el mulá de la mezquita, que estás aquí. Tal vez vengan a hablar contigo.

—No, no volveré tarde.

Iqbal salió del *gurdwara*. No había rastro de actividad. La policía había puesto fin a sus investigaciones, por lo visto. Bajo la higuera sagrada se veía a media docena de agentes echados sobre *charpoys*. La puerta de la casa de Ram Lal estaba abierta; en el patio había varias aldeanas sentadas en el suelo. Gimiendo, una mujer se lamentaba en una cantinela que remataba con llantos y convulsiones a los que se sumaban sus vecinas. Hacía calor, todo parecía inmóvil. El sol ardía sobre las paredes de adobe.

Iqbal caminaba a la sombra del muro del *gurdwara*. Los niños se habían aliviado a lo largo de todo el muro. Los hombres también lo habían usado de urinario. Una perra sarnosa estaba echada con ocho cachorrillos flacos ladrando y tirando de sus ubres mustias.

El camino terminaba abruptamente en el estanque de la aldea: una pequeña extensión de agua fangosa llena de búfalos con la cabeza fuera.

Un sendero bordeaba el estanque y recorría un curso de agua seco que atravesaba los campos de trigo hasta el río. Iqbal lo siguió fijándose en dónde ponía los pies. Llegó a la orilla del río justo cuando el expreso de Lahore entraba en el puente. Observó cómo avanzaba por el acero zigzagueante. Como todos los trenes, iba abarrotado: del techo, a lado y lado, colgaban piernas sobre puertas y ventanas, que rebosaban cabezas y brazos. Algunos se habían encaramado a los topes, entre los bogies; en uno había dos hombres moviendo las piernas alegramente y gesticulando. Cuando hubo cruzado el puente, el tren ganó velocidad. El maquinista se puso a tocar el silbato y no se detuvo hasta que hubo pasado la estación de Mano Majra: así expresaba el alivio que sentía por dejar atrás Pakistán y entrar en la India.

Iqbal se dirigió al puente por la orilla del río; quería pasar por debajo del puente para llegar al *dak bungalow*, pero vio que un soldado sij lo observaba desde el puesto de guardia de un extremo del puente. Cambió de opinión: avanzó resueltamente hacia el terraplén y se dirigió a la estación de Mano Majra, maniobra que disipó los recelos del soldado. Iqbal caminó unos cien metros y se sentó muy tranquilo en la vía del tren.

El expreso que acababa de pasar había sacado a Mano Majra de su siesta vespertina. Los chicos se pusieron a tirar piedras a los búfalos del estanque para llevarlos de regreso a casa. Grupos de mujeres salieron al campo y se dispersaron tras los arbustos. Un carro de bueyes con el cadáver de Ram Lal se alejó de la aldea y se dirigió a la estación. Lo escoltaban unos agentes de policía. Varios lugareños lo siguieron un rato y luego volvieron al pueblo acompañados de los parientes.

Iqbal se levantó y miró a su alrededor. De la estación de tren al tejado del *dak bungalow* que despuntaba sobre los carrizos, del puente a la aldea y a la estación de tren, todo estaba lleno de hombres, mujeres, niños, ganado y perros. En lo alto del cielo revoloteaban unos milanes, largas filas de cuervos volaban desde un lugar a otro y millones de gorriones piaban en los árboles. ¿En qué rincón de la India se podría encontrar un lugar que no bullera de vida? Iqbal se acordó de su primera reacción al llegar a Bombay: un gentío desbordante —millones de personas— poblaba los muelles, las calles y los andenes de la estación. El país entero era como una habitación abarrotada. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un país que sumaba seis habitantes más cada minuto? ¡Y cinco millones más cada año! La planificación industrial o agrícola, así, no era más que una gran farsa. ¿Por qué no se dedicaban esos esfuerzos a controlar el aumento de población? Pero ¿cómo sería eso posible en la cuna del *Kama Sutra*, en la patria de los cultos fálicos y el culto al hijo?

A Iqbal lo sacó de su furiosa ensoñación un temblor que resonaba débilmente en los cables de acero paralelos a la vía. La señal sobre la garita del puente bajó. Iqbal se levantó y se sacudió el polvo de la ropa. El sol se había puesto tras el río. El cielo rojizo fue volviéndose gris a medida que las sombras del crepúsculo se extendían sobre la llanura. Al lado de Venus apareció una luna que parecía una uña delicadamente recortada. La llamada a la oración del muecín se elevó sobre el rumor del tren que se aproximaba.

Iqbal halló el camino de vuelta muy fácilmente: todos los senderos convergían en el triángulo formado por el templo, la casa del prestamista y la mezquita en cuyo centro se alzaba la higuera sagrada. De la casa de Ram Lal todavía llegaban lamentos. En la mezquita, una docena de hombres formaban dos filas y realizaban sus genuflexiones en silencio. En el

gurdwara, Meet Singh, sentado al lado del Libro envuelto en muselinas bajo una marquesina, recitaba la plegaria de la tarde. Cinco o seis hombres y mujeres sentados en semicírculo alrededor de un farol lo escuchaban.

Iqbal fue derecho a su habitación y se echó sobre el *charpoy*. Estaba a oscuras. Apenas si había cerrado los ojos cuando los fieles se pusieron a entonar cánticos. Después se detuvieron durante un par de minutos y luego volvieron a cantar. La ceremonia terminó con gritos de «*Sat Sri Akal*» y el sonido de un tambor. Los hombres y las mujeres empezaron a salir del templo. Meet Singh sujetaba el farol y los ayudaba a encontrar los zapatos. Se pusieron a hablar en voz alta. En ese babel, la única palabra que Iqbal distinguía era *babu*. Alguien había visto a Iqbal y se lo estaba contando a los demás.

Iqbal volvió a cerrar los ojos. Al cabo de un minuto, Meet Singh aparecía en el umbral sujetando el farol.

—¿Te has acostado sin haber comido, Iqbal Singhji? ¿Quieres unas espinacas? También tengo cuajada y suero.

—No, gracias, *bhaiji*. Ya tengo la comida que quiero.

—Nuestra humilde comida... —empezó a decir Meet Singh.

—No, no es eso —lo interrumpió Iqbal mientras se incorporaba—. Es que ya la tengo, y si no me la como se echará a perder. Estoy un poco cansado y me gustaría dormir.

—Te conviene beber un poco de leche, entonces. Banta Singh, el *lambardar*, te traerá un poco. Como quieras acostarte temprano, le diré que se dé prisa. Tengo otro *charpoy* para ti en la azotea; hace demasiado calor para dormir aquí.

Meet Singh dejó el farol en la habitación y desapareció en la oscuridad.

Tener que hablar con el *lambardar* no era una idea que a Iqbal le entusiasmara demasiado. Metió la mano debajo de la almohada para coger la petaca de plata y echó un buen trago de whisky. Comió unas galletitas envueltas en papel. Llevó el colchón y la almohada a la azotea, donde habían dispuesto un *charpoy* para él. Al parecer, Meet Singh dormía en el patio para proteger el *gurdwara*.

Iqbal se tumbó en el *charpoy* y contempló las estrellas que inundaban el cielo hasta que oyó voces: varias personas entraban en el *gurdwara* y subían

por las escaleras. Se levantó para recibir a los visitantes.

—*Sat Sri Akal, sahib babu.*

—*Salaam*^[21], *sahib babu.*

Se dieron un apretón de manos. Meet Singh no se molestó en presentarlos. Iqbal apartó el colchón para hacerles sitio en el *charpoy*. Él se sentó en el suelo.

—No me había presentado antes, qué vergüenza —dijo el sij—. Discúlpame, por favor. Te he traído leche.

—Sí, *sahib*, estamos avergonzados. Eres nuestro invitado y no te hemos prestado ningún servicio. Bébete la leche antes de que se enfrié —añadió el otro visitante.

—Muy amables... Sé que andabais ocupados con la policía... No bebo leche... De verdad que no. Los que somos de ciudad...

El *lambardar* hizo oídos sordos a las educadas protestas de Iqbal. Sacó su pañuelo sucio de un gran vaso de cobre y se puso a remover la leche con el índice.

—Está fresca. Hará una hora que he ordeñado a la búfala y le he dado la leche a mi mujer para que la hierva. Sé que vosotros, los que habéis estudiado, solo bebéis leche hervida. Lleva bastante azúcar, está todo en el fondo —añadió removiendo por última vez. Para subrayar la calidad de la leche, pescó un poco de nata con el índice y volvió a echarla en la leche.

—Mira, *babuji*, bebe antes de que se enfrié.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Gracias, pero no! —protestó Iqbal. No sabía cómo salir del aprieto sin ofender a la visita—. No bebo leche nunca. Pero si insistes, me la beberé más tarde. Me gusta fría.

—Sí, bébetela como quieras, *babuji* —dijo el musulmán acudiendo en su auxilio—. Deja el vaso aquí, Banta Singh. *Bhai* nos lo traerá por la mañana.

El *lambardar* cubrió el vaso con su pañuelo y lo dejó debajo del *charpoy* de Iqbal. Se hizo un largo silencio. En una visión sumamente placentera, Iqbal imaginó que tiraba por el desagüe la leche con toda esa nata.

—Bueno, *babuji* —comenzó el musulmán—, dinos una cosa. ¿Qué está pasando en el mundo? ¿Qué es toda esta historia de Pakistán e Hindustán?

—Vivimos en esta aldea y no sabemos nada —añadió el *lambardar*.— Dinos, *babuji*, ¿por qué se han marchado los ingleses?

Iqbal no era capaz de responder preguntas tan sencillas. La independencia significaba muy poco para aquellas gentes, si es que llegaba a significar algo. Ni siquiera se daban cuenta de que había supuesto un paso adelante, de que lo único que debían hacer era dar el paso siguiente y convertir la libertad política, una libertad como de juguete, en libertad económica, la auténtica libertad.

—Se marcharon porque tuvieron que hacerlo. Miles de nuestros jóvenes estaban adiestrados para luchar en la guerra, y esta vez teníamos armas. ¿No os llegaron noticias del motín de Bombay, el de la armada? Los soldados habrían hecho lo mismo. Los ingleses tenían miedo. No dispararon a ningún soldado indio del Ejército Nacional Indio que habían organizado los japoneses porque el país entero se les habría echado encima.

La tesis de Iqbal no les impresionó demasiado.

—Puede que lleves razón en lo que dices, *babuji* —respondió el *lambardar*, vacilante—, pero estuve en la última guerra y luché en Mesopotamia y Galípoli. Los oficiales ingleses nos gustaban, eran mejores que los indios.

—Sí —añadió Meet Singh—, mi hermano, que es *havildar*^[22], dice que los cipayos están más contentos con los oficiales ingleses que con los indios. La *mem-sahib*^[23] del coronel de mi hermano todavía le envía cosas de Londres a mi sobrina. ¿Sabes, *lambardar*? Hasta le envió dinero para su boda y todo. ¿Qué esposa de oficial indio haría una cosa así?

Iqbal trató de pasar al ataque.

—Caramba, ¿no queréis ser libres? ¿Queréis ser esclavos toda la vida?

Al cabo de un largo silencio, el *lambardar* respondió.

—La libertad debe de ser algo bueno, pero ¿qué conseguiremos con ella? Los puestos que ocupaban los ingleses serán para gente con estudios como tú, *sahib babu*. ¿Y a nosotros nos darán más tierras? ¿Más búfalos?

—No —dijo el musulmán—. La libertad es para la gente con estudios que luchó por ella. Nosotros éramos esclavos de los ingleses y ahora seremos esclavos de los indios instruidos o de los pakistaníes.

El análisis dejó a Iqbal asombrado.

—Lo que dices es totalmente cierto —asintió entusiasmado—. Si queréis que la libertad signifique algo para vosotros, los campesinos y los trabajadores, tendréis que uniros y luchar juntos. Echad al Partido del Congreso del gobierno, menudo hatajo de prestamistas. Echad a los príncipes y a los terratenientes, y la libertad significará para vosotros lo que vosotros queráis: más tierras, más búfalos, el fin de las deudas.

—Eso es lo que nos dijo ese tipo —lo interrumpió Meet Singh—, ese tipo... ¿Cómo se llamaba, *lambardar*? Camarada nosequé. ¿Tú eres un camarada, *sahib babu*?

—No.

—Me alegro. Ese camarada no creía en Dios. Dijo que cuando su partido llegara al poder, secaría el estanque sagrado del templo de Turun Tarun para plantar arroz. Dijo que sería más útil.

—Tonterías —replicó Iqbal. Lástima que Meet Singh no recordara el nombre del camarada. A ese hombre habría que denunciarlo en la oficina central, tendrían que llamarle la atención.

—Si no tenemos fe en Dios, seremos como animales —dijo el musulmán muy solemnemente—. A los hombres religiosos se los respeta en todo el mundo. ¡Mirad a Gandhi! Dicen que, además de los Vedas y los Shastras, lee el Corán y el Injil. Y lo alaban en todos los rincones de la tierra. He visto una foto de Gandhi en el periódico, estaba en una reunión de plegaria, se veía a un montón de hombres y mujeres blancos sentados con las piernas cruzadas. Una chica blanca tenía los ojos cerrados. Dicen que era la hija del gran lord. Ya ves, Meet Singh, hasta los ingleses respetan a los hombres religiosos.

—Por supuesto, *chacha*, tan cierto como que un anna es la dieciseisava parte de una rupia —asintió Meet Singh, acariciándose la barriga.

Iqbal sintió cómo se le avivaba el genio.

—Son una raza de cuatrocientos veinte^[24] —dijo con vehemencia—. No creas nunca lo que dicen.

Volvió a darse cuenta de que sus dardos no habían dado en el blanco: la hija del lord sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados para que la fotografiaran bien y el mismísimo lord Mountbatten —el primo del rey, el

guapo, el que habla indostánico y amó a la India como la amaron los misioneros— siempre superaban a Iqbal.

—He vivido muchos años en su país —continuó—. Como seres humanos, son agradables. Políticamente, sin embargo, son los mayores cuatrocientos veinte del mundo. Si hubieran sido honestos no habrían podido extender su dominio por todo el mundo. Pero esto es irrelevante —añadió Iqbal. Ya era hora de cambiar de tema—. Lo que importa es esto: ¿qué pasará ahora?

—Sabemos qué está pasando —respondió el *lambardar* algo acalorado—. Los vientos de destrucción están barriendo la tierra. Matar, matar, eso es lo único que se oye. Los únicos que disfrutan la libertad son los ladrones y los asesinos. —Y entonces añadió más tranquilo—: Estábamos mejor bajo los ingleses. Al menos había seguridad.

Se hizo un silencio incómodo. Una locomotora subía y bajaba por la vía cambiando el orden de los vagones de mercancías. El musulmán cambió de tema.

—Es el mercancías. Llevará retraso. Estás cansado, *sahib babu*, debemos dejar que descanses. Si nos necesitas, estamos a tu disposición.

Todos se levantaron. Iqbal les dio la mano a los visitantes sin dar señales de enfado alguno. Meet Singh acompañó al *lambardar* y al musulmán al patio, y luego se retiró a su *charpoy*.

Iqbal volvió a acostarse y se puso a mirar las estrellas. El lamento de la locomotora en la inmensa llanura muda hizo que se sintiera solo y deprimido. ¿Qué podía hacer él, un hombre tan pequeño, en esa tierra de cien millones enorme e impersonal? ¿Podría detener las matanzas? Obviamente, no. Todos —los hindúes, los musulmanes, los sijs, los miembros del Partido Comunista, los del Partido del Congreso, los de la Liga Musulmana o los sijs del partido Akali Dal— tenían las manos manchadas. Pensar que una revolución burguesa podría convertirse en una revolución proletaria era una necedad. No habían llegado a esa fase todavía. El proletariado se mostraba indiferente a la libertad política para Hindustán o Pakistán; eso solo importaba si conllevaba consecuencias económicas como hacerse con tierras matando al dueño de una religión distinta. Lo único que podía hacerse era desviar el instinto de rapiña y matanza, y dirigir

las rivalidades entre comunidades contra las clases adineradas. Sin más: la revolución proletaria en dos patadas, pero los jefes de su partido no querían verlo.

Iqbal deseó que hubieran enviado a otro hombre a Mano Majra. Él podría resultar mucho más útil dirigiendo estrategias políticas y limpiando las telarañas de la cabeza a sus jefes. Pero él no era un líder, le faltaban títulos: no había hecho huelga de hambre ni había estado en la cárcel. No se había sometido a ninguno de los «sacrificios» de rigor. Y, naturalmente, nadie lo escuchaba. Debería haber dado sus primeros pasos en política buscándose una excusa para que un tribunal lo encerrara. Pero todavía quedaba tiempo; eso lo haría en cuanto regresara a Delhi. Para entonces las matanzas habrían terminado y no correría mucho riesgo.

El tren de mercancías ya había salido de la estación y, con gran estruendo, atravesaba el puente. Iqbal se quedó dormido, soñando con una tranquila vida en la cárcel.

Al día siguiente, muy de mañana, detuvieron a Iqbal.

Meet Singh había salido al campo; llevaba su vaso de cobre y masticaba una ramita de acacia que usaba de palillo. Iqbal había seguido durmiendo pese al ruido de los trenes, la llamada del muecín y el resto de ruidos de la aldea. Dos agentes de policía entraron en el *gurdwara*, registraron su habitación, examinaron sus tazas y sus platitos de celuloide, sus relucientes cucharas, cuchillos y tenedores de aluminio y sus termos, y luego subieron a la azotea. Sacudieron a Iqbal para despertarlo. Se incorporó restregándose los ojos algo desconcertado. Antes de que pudiera hacerse cargo de la situación y formular las respuestas cortantes que le gustaría haber dado, ya había informado a los agentes de su nombre y ocupación. Uno rellenó los espacios en blanco en un impreso de papel amarillo que sujetó ante un Iqbal que pestaneaba furiosamente.

—Aquí tienes la orden de detención. Levántate.

El otro agente deslizó la anilla que, por un extremo, sujetaba unas esposas a su cinturón, y las abrió para rodear con ellas la muñeca de Iqbal.

Con la visión de las esposas, Iqbal se despertó de repente. Pegó un salto para bajar de la cama y se enfrentó a los agentes.

—¡No tenéis derecho a detenerme así! —gritó—. Falsificasteis la orden delante de mí. Esto no acabará así. Los días del dominio policial han terminado. Si os atrevéis a ponerme la mano encima, el mundo entero lo sabrá. Me encargaré de que los periódicos le cuenten a la gente cómo hacéis vuestro trabajo, chicos.

Los agentes estaban desconcertados. El acento del joven, el colchón y las almohadas de caucho y el resto de cosas que habían visto en la habitación, y, sobre todo, su actitud agresiva, los incomodaban; pensaron que tal vez se hubieran equivocado.

—Solo estamos haciendo nuestro trabajo, *sahib babu*. Resuelve el asunto con el juez —le respondió uno educadamente. El otro toqueteaba las esposas muy inquieto.

—El asunto lo resolveré con todos, policía y jueces. ¡Molestar a la gente cuando está durmiendo...! Os arrepentiréis de este error.

Iqbal esperó a que los agentes dijeran algo para poder reanudar su arenga contra la ley y el orden, pero los había avasallado.

—Os tocará esperar. Tengo que lavarme, cambiarme y dejar mis cosas al cuidado de alguien —anunció Iqbal agresivamente, concediéndoles otra oportunidad para que dijeran algo.

—Muy bien, *sahib babu*. Tómate todo el tiempo que quieras.

La educada actitud de los agentes disipó la ira de Iqbal. Recogió sus cosas y, escaleras abajo, fue hasta su habitación. Se dirigió al pozo, subió un cubo de agua y se puso a lavarse. No tenía prisa.

Bhai Meet Singh llegó cepillándose los dientes enérgicamente con una ramita de acacia cuyo extremo había masticado hasta convertirlo en un fibroso cepillo. La presencia de los agentes en el *gurdwara* no lo sorprendió: cuando llegaban a la aldea y no podían alojarse en casa del *lambardar*, siempre iban al templo. Los esperaba desde que asesinaron al prestamista.

—*Sat Sri Akal* —dijo Meet Singh mientras tiraba al suelo su cepillo de dientes de acacia.

—*Sat Sri Akal* —respondió el agente.

—¿Os apetece un té? ¿Otra cosa? ¿Suero?

—Estamos esperando al *sahib babu* —dijeron los policías—. Muy amable por ofrecernos algo mientras él se prepara.

Meet Singh mantuvo su actitud indiferente. A él no le correspondía discutir con la policía o meterse en sus asuntos. Era probable que Iqbal Singh fuera un «camarada». Hablaba como si lo fuera, eso sin duda.

—Le haré un té a él también —respondió Meet Singh. Miró a Iqbal—. ¿O tomarás del tuyo, del de la botella grande?

—Muchas gracias —farfulló Iqbal entre espuma de pasta de dientes. La escupió—. El té de la botella ya estará frío. Te agradecería que me ofrecieras una taza caliente. ¿Te importaría vigilar mis cosas mientras estoy fuera? Me están deteniendo por nada. Ni ellos saben por qué.

Meet Singh fingió que no lo había oído. Los agentes tenían un aire manso.

—No es culpa nuestra, *sahib babu* —dijo uno—. ¿Por qué te enfadas con nosotros? Enfádate con el juez.

Iqbal siguió cepillándose los dientes, haciendo caso omiso de las protestas de los policías. Se lavó la cara y, frotándose con una toalla, volvió a la habitación. Desinfló el colchón y la almohada y los enrolló. Vació la bolsa de viaje —libros, ropa, linterna, una petaca grande de plata—, anotó su contenido en una lista y luego volvió a llenarla. Cuando Meet Singh trajo el té, Iqbal le dio la bolsa.

—He metido todas mis cosas en la bolsa, *bhai*. Espero que cuidarla no te dé mucho trabajo. En este país libre en el que vivimos, prefiero confiártela a ti que a la policía.

Los policías desviaron la mirada. Meet Singh estaba pasando vergüenza.

—Claro, *sahib babu* —respondió dócilmente—. Servidor. Y servidor de la policía, también. Aquí todos son bienvenidos. ¿Tomarás el té en tu taza?

Iqbal sacó su taza de té de celuloide y la cuchara. Los agentes cogieron los vasos de cobre que les ofrecía Meet Singh y los envolvieron con un extremo del turbante para protegerse las manos del metal caliente. Fueron

bebiendo a sorbos ruidosos para tranquilizarse, pero Iqbal dominaba la situación por completo. Se sentó en el lecho de cuerda, los agentes se sentaron en el umbral de la puerta, y Meet Singh, afuera, en el suelo. No se atrevían a hablar con Iqbal, temían cometer alguna falta de educación. El agente de las esposas las había sacado del cinturón sigilosamente y se las había metido en el bolsillo. Se terminaron el té y levantaron la vista, incómodos. Iqbal les sacaba una cabeza y contemplaba la escena muy hurao, dándose importancia. Con los ojos perdidos en el espacio, iba dando sorbitos al té, igual que una solterona. Y, de repente, cuando hubo terminado se puso en pie.

—Estoy listo —anunció mientras, con pose teatral, alargaba las manos —. Esposadme.

—No hace falta que usemos las esposas, *babuji* —respondió uno de los agentes—. Deberías cubrirte la cara para que no te reconozcan en la rueda de identificación.

Iqbal no dejó escapar la oportunidad.

—¿Así es como hacéis vuestro trabajo? Si las normas dictan que vaya esposado, iré esposado. No tengo miedo de que me reconozcan. No soy ni ladrón ni *dacoit*. Soy activista político. Atravesaré la aldea tal como estoy para que la gente vea qué le hace la policía a la gente que no le gusta.

Ante ese arranque, uno de los agentes no pudo contenerse.

—Estamos siendo educados contigo, *babuji*, con tanto «*ji*» para arriba y «*ji*» para abajo, pero tú quieres rebajarnos. Estamos cumpliendo con nuestra obligación, te lo hemos dicho mil veces, pero tú te empeñas en creer que nos mueven rencillas personales —dijo bruscamente. Se volvió hacia un compañero—. Esposa al joven. Que haga lo que quiera con su cara. Si yo tuviera una cara como la suya, quería esconderla. Informaremos de que se negó a cubrirla.

Iqbal no tenía una respuesta preparada para esa salida sarcástica. Era profundamente consciente, semíticamente consciente, de cuán aguileña era su nariz. Sin querer, se la frotó con el dorso de la mano. Las referencias a su aspecto físico siempre lo desconcertaban. Le ajustaron las esposas a las muñecas y las ataron al cinturón del policía con una cadenita.

—*Sat Sri Akal, bhaiji*. Volveré pronto.

—Sat Sri Akal, Iqbal Singhji. Que el Gurú te proteja. Sat Sri Akal, centinela.

—Sat Sri Akal.

El grupo salió del patio del templo y dejó a Meet Singh de pie con la tetera en la mano.

Cuando los dos agentes recibían la orden de detener a Iqbal, una partida de diez hombres salía a detener a Juggut Singh. La policía tenía la casa totalmente rodeada: había agentes armados con rifles apostados en el tejado de las casas vecinas, y también delante y detrás de la casa. Cuatro hombres más, armados con revólveres, entraron corriendo en el patio. Juggut Singh estaba tumbado en su *charpoy*, envuelto de los pies a la cabeza en una sábana blanca sucia; roncaba animadamente. Había pasado dos noches y un día en la jungla sin comida ni refugio. Había llegado a su casa de madrugada, convencido de que en la aldea todos estarían durmiendo. Los vecinos, en guardia, informaron a la policía de inmediato. Esperaron a que se hubiera hinchado a comer y estuviera profundamente dormido. Su madre había salido y había cerrado la puerta por fuera.

Le pusieron grilletes en los pies y le esposaron la mano derecha mientras dormía. Los agentes enfundaron los revólveres. Los hombres de los rifles bajaron al patio para reunirse con el resto y, con la culata, se pusieron a sacudir a Juggut Singh.

—Jugga, levántate, ya es casi por la tarde.

—Míralo, durmiendo como un cerdo, sin una sola preocupación en este mundo.

Jugga se incorporó con aire cansado, parpadeando. Contempló las esposas y los grilletes con filosófica indiferencia, estiró los brazos y bostezó ruidosamente. El sueño volvió a vencerlo y empezó a cabecear.

La madre de Juggut Singh entró y vio su patio lleno de policías armados. Su hijo estaba sentado en el *charpoy* con la cabeza reposando sobre las manos esposadas. Tenía los ojos cerrados. Corrió hacia su hijo y lo agarró de las rodillas, apoyó la cabeza en su regazo y se puso a llorar.

Juggut Singh despertó de su sueño. Bruscamente, apartó a su madre de un empujón.

—¿Por qué lloras? —preguntó—. Sabes que no he tenido nada que ver con el *dacoity*.

La mujer se puso a lloriquear.

—Él no lo hizo. No hizo nada. En nombre de Dios, juro que no hizo nada.

—¿Dónde estaba la noche del homicidio, entonces? —preguntó el sargento.

—En el campo. No estaba con los *dacoits*, lo juro.

—En ese caso, nuestra obligación es detenerlo: es un delincuente con órdenes de no alejarse de la aldea tras la puesta de sol. —Se dirigió a sus hombres—: Registrad las habitaciones y el granero.

El sargento dudaba de que Juggut Singh hubiera participado en un *dacoity* en su propia aldea. Se trataba de algo inusitado.

Cuatro agentes se afanaron por registrar la casa vaciando latas y baúles de acero. Desbarataron el pajar y esparcieron la paja por el patio. No les costó demasiado dar con la lanza.

—Supongo que esto lo ha dejado aquí tu tío —dijo el sargento agriamente; se dirigió a la madre de Juggut—: Envuelve la hoja en un trapo, podría tener manchas de sangre.

—No tiene nada —gritó la madre—, nada. La espada la guarda para matar a los jabalíes que entran en los campos y destrozan las cosechas. Juro que es inocente.

—Ya veremos, ya veremos —atajó el sargento—. Más vale que tengas las pruebas de su inocencia listas para presentárselas al juez.

La anciana dejó de lloriquear. Tenía una prueba: el paquete de brazaletes rotos. No le había contado nada a Jugga; de haberlo hecho, un insulto semejante lo habría enfurecido y se habría puesto violento con alguien. Ahora que llevaba esposas y grilletes, lo único que podía hacer era perder los estribos.

—Espera, hermano policía. Tengo la prueba.

El agente vio cómo la mujer entraba en la casa y sacaba un paquete del fondo del baúl de acero. Abrió el papel marrón. Había pedazos rotos de

brazaletes de cristal azul y rojo con motitas de oro. Dos estaban intactos. El sargento los cogió.

—¿Qué clase de prueba es esta?

—Los *dacoits* tiraron los brazaletes al patio después del asesinato. Querían insultar a Jugga por no acompañarlos. ¡Mira! —Alargó los brazos —. Soy demasiado vieja para llevar brazaletes y además son demasiado pequeños para mi muñeca.

—Entonces Jugga sabrá quiénes eran los *dacoits*. ¿Qué dijeron cuando los lanzaron? —preguntó el sargento.

—Nada, no dijeron nada. Insultaban a Jugga.

—¿No puedes tener la boca cerrada? —interrumpió Jugga, enfadado—. No sé quiénes eran los *dacoits*. Lo único que sé es que yo no estaba con ellos.

—¿Quién te regala a ti brazaletes? —preguntó el sargento. Sonrió y levantó la mano en la que sostenía los trocitos de cristal.

Jugga perdió los estribos. Levantó los puños esposados y los dejó caer sobre las palmas del sargento.

—¿Qué seductor de su madre puede lanzarme brazaletes? ¿Qué...?

Los agentes cercaron a Juggut Singh y se pusieron a abofetearlo y a darle patadas con sus pesadas botas. Jugga se puso en cuclillas y se cubrió la cabeza con los brazos. Su madre empezó a golpearse la frente; volvía a llorar. Rompió el cordón de policías y se arrojó sobre su hijo.

—¡No le peguéis! Que la maldición del Gurú caiga sobre vosotros. Es inocente. Es mi culpa, todo. Podéis pegarme a mí.

Detuvieron la paliza. El sargento fue sacándose trocitos de cristal de la palma de la mano, presionó para que saliera sangre y se la limpió con el pañuelo.

—Tú guarda las pruebas de la inocencia de tu hijo —dijo amargamente —. Nosotros le sonsacaremos la historia al hijo de perra este a nuestra manera. Ya hablará cuando le den unos latigazos en el trasero. Sacadlo.

Sacaron a Juggut Singh de su casa esposado y con grilletes en los pies. Se marchó sin demostrar sentimiento alguno por su madre, que seguía lloriqueando y golpeándose la frente y el pecho. Sus palabras de adiós fueron:

—Volveré pronto. No pueden caerme más de unos cuantos meses por guardar una lanza y haber salido de la aldea. *Sat Sri Akal.*

Jugga recobró la serenidad tan rápidamente como la había perdido; en cuanto salió por la puerta se olvidó de la paliza y del incidente de los brazaletes. No les guardaba ningún rencor a los policías: aquellos hombres no eran como el resto de los seres humanos. No tenían sentimientos, no guardaban lealtades ni inquinas. No eran más que hombres de uniforme a los que trataba de evitar.

No tenía mucho sentido que Juggut Singh se cubriera la cara: toda la aldea lo conocía. Pasó al lado de los vecinos sonriendo y levantando las manos esposadas, dedicándoles un saludo a todos. Los grilletes lo obligaban a caminar despacio y con las piernas separadas. Su paso tenía algo de despreocupado. Demostraba su indiferencia retorciéndose el bigote castaño y soltándoles bromas obscenas a los policías.

Iqbal y los dos agentes alcanzaron al grupo de Juggut Singh en el río. Prosiguieron todos hacia el puente, río arriba. El sargento caminaba delante. Al lado de los prisioneros, y detrás también, avanzaban los policías armados. Iqbal se perdía en el caqui y el rojo de sus uniformes. La cabeza y los hombros de Juggut Singh descollaban sobre los turbantes de los agentes. Parecía una procesión de caballos en cuyo centro avanzara un elefante: más alto, más fornido, más lento, con el sonido metálico de sus cadenas, que resonaban como arreos de fiesta.

Nadie parecía tener ganas de hablar. Los policías se sentían incómodos: sabían que habían cometido una equivocación o, mejor aún, dos. Detener a un trabajador social era un error garrafal, una fuente de problemas segura. Su actitud beligerante confirmaba su inocencia. Tendrían que inventar algún cargo en su contra, pero con la gente instruida eso siempre resultaba peliagudo. Juggut Singh era un culpable demasiado evidente para ser el auténtico culpable. Había quebrantado la ley alejándose de la aldea por la noche, de eso no había duda, pero no parecía probable que hubiera participado en un *dacoity* en su propia aldea. Sus dimensiones lo habrían delatado. Y tampoco había duda de que esos dos acababan de conocerse.

Iqbal se sentía herido en su orgullo. Antes de toparse con Juggut Singh, estaba convencido de que lo habían detenido por motivos políticos. Había

insistido en que lo esposaran para que los lugareños vieran la dignidad con la que se comportaba: aquel atropello a las libertades civiles los indignaría, pero los hombres se habían quedado boquiabiertos con aire bobo y las mujeres lo habían mirado a través del velo y se habían preguntado entre susurros «¿Quién es ese?». Cuando se reunió con el grupo que escoltaba a Juggut Singh comprendió el alcance del consejo del agente: «Cúbrete la cara para que no te reconozcan en la rueda de identificación». Su detención estaba relacionada con el asesinato de Ram Lal. Aquello era tan ridículo que apenas si podía creerlo. Todo el mundo sabía que había llegado a Mano Majra después del asesinato. En el mismo tren en que había llegado la policía, de hecho. Ellos corroborarían su coartada. La situación era totalmente absurda. La policía del Punyab, sin embargo, no era de las que admiten sus errores. Los agentes amañarían algún cargo: lo acusarían de vago, de obstrucción a la autoridad o algo así. Él se defendería con uñas y dientes.

El único de la comitiva a quien todo parecía darle igual era Juggut Singh. No era la primera vez que lo detenían. Había pasado tanto tiempo en la cárcel como en su casa; sus vínculos con la policía le venían por herencia: mientras su padre vivió, su nombre siempre figuró en el registro de comisaría en el que se consignaban las actividades de los maleantes de la zona, el registro número diez. A Alam Singh lo habían condenado por *dacoity* con homicidio y lo habían ahorcado. La madre de Juggut tuvo que hipotecar sus tierras para pagar a los abogados. Juggut Singh tuvo que conseguir dinero para recuperar las tierras, y no tardó ni un año en lograrlo. Nadie pudo demostrar cómo había reunido el dinero, pero a finales de año ya estaba detenido: terminó con su nombre incluido en el registro número diez y declarado, oficialmente, «hombre de mala reputación». A sus espaldas, todos lo llamaban «número diez».

Juggut Singh echó varias miradas al prisionero que tenía al lado. Quería entablar conversación con él. Iqbal caminaba con la mirada fija, como si estuviera pendiente de la cámara, igual que un actor ante el objetivo. Juggut Singh perdió la paciencia.

—Escucha, ¿de qué aldea vienes? —le preguntó con una sonrisa que descubrió unos dientes irregulares en cuyo centro se veía, incrustada, una

tachuelita de oro. Iqbal levantó la vista pero no le devolvió la sonrisa.

—No vengo de ninguna aldea, soy de Delhi. Me enviaron aquí por cuestiones sindicales, para motivar a los campesinos, pero al gobierno no le gustan los sindicatos.

Juggut Singh se mostró más educado; su tono cambió, ya no se tomaba confianzas.

—Dicen que ahora tenemos un gobierno propio —terció—. El gobierno de Mahatma Gandhi en Delhi, ¿no? Eso es lo que dicen en la aldea.

—Sí, los ingleses se han ido, pero los indios ociosos han ocupado su lugar. ¿Qué habéis sacado con la independencia tus vecinos y tú? ¿Más pan? ¿Más ropa? Seguís llevando las esposas y los grilletes que los ingleses os pusieron. Debemos unirnos y rebelarnos. Estas cadenas son lo único que tenemos que perder.

Iqbal subrayó la última frase levantando las manos y dando tirones, como si con su movimiento fuera a romper las esposas.

Los policías se miraron.

Juggut Singh bajó los ojos para mirar los grilletes que le rodeaban los tobillos y las barras de hierro que los sujetaban a las esposas.

—Soy un *badmash*. Me han encarcelado todos los gobiernos.

—Pero ¿qué ha hecho de ti un maleante? ¡El gobierno! Inventa normas y cuenta con registros, policías y carceleros para imponerlas. Para cada persona que no les gusta tiene una ley que la convierte en maleante y criminal. ¿Qué es lo que yo he...?

—No, *sahib babu* —lo cortó Juggut Singh, jovial—, es nuestro destino. Está escrito en nuestra frente y en las líneas de la mano. Siempre quiero hacer algo. Cuando hay que arar o recoger la cosecha, estoy ocupado; y como cuando no hay trabajo las manos siguen desviviéndose por hacer algo, yo hago algo, y siempre hago algo malo.

El grupo pasó debajo del puente y se acercó a la casa de descanso. A Iqbal el conformismo de Juggut Singh lo disgustaba. No quería gastar saliva discutiendo con un *badmash* de pueblo, prefería guardársela para el juez. Le hablaría en inglés: su acento lo estremecería.

Cuando los agentes entraron con los prisioneros, el subinspector ordenó que los llevaran a las dependencias de servicio. El juez estaba vistiéndose

en su habitación. El sargento dejó a los prisioneros con sus hombres y volvió al *bungalow*.

—¿Quién es este tipo bajito al que habéis traído? —preguntó el subinspector; parecía un poco preocupado.

—Lo detuve por órdenes tuyas. Era el forastero que se alojaba en el templo sij.

La respuesta irritó al subinspector.

—Y tú no tienes cabeza para pensar por ti solo, ¿verdad? Te encargo un trabajito y tú terminas haciendo el tonto. Tendrías que haberlo observado antes de detenerlo. ¿No es el mismo hombre que ayer se bajó del tren con nosotros?

—¿El tren? —preguntó el sargento fingiendo no saber nada—. Yo no lo vi en el tren, amigo de los pobres. Yo solo cumplí sus órdenes y detuve al forastero que rondaba por la aldea en circunstancias sospechosas.

El subinspector perdió los nervios.

—¡Idiota!

El sargento esquivó la mirada de su superior.

—Eres un auténtico idiota —repitió con más vehemencia—. ¿Es que no tienes cabeza?

—¡Amigo de los pobres! ¿Qué culpa tengo...?

—¡Cállate!

El sargento se puso a mirarse los pies. El subinspector fue calmándose. Tenía que enfrentarse a Hukum Chand, que confiaba en él y no esperaba que fuera a defraudarlo. Tras cavilar un rato, el subinspector miró por la puerta de rejilla.

—¿Permiso para entrar?

—Entre, entre, *sahib* inspector —respondió Hukum Chand—. No se pierda en formalidades.

El subinspector entró y se cuadró.

—Y bien, ¿qué ha estado haciendo? —preguntó el juez. Estaba aplicándose crema en la barbilla recién afeitada. En el fondo de un vaso apoyado en la mesilla de noche bailaba un comprimido plano y blanco del que se elevaba un reguero de burbujas.

—Esta mañana hemos hecho dos detenciones. Una, Jugga, el *badmash*. No estaba en casa la noche del *dacoity*. Le sacaremos información, seguro. El otro es un forastero de cuya presencia informó el líder de la aldea y a quien usted ordenó que detuviéramos.

Hukum Chand dejó de tocarse la barbilla. Había detectado el intento de endosarle la segunda detención.

—¿Quién es?

El subinspector se dirigió a gritos al sargento que esperaba afuera.

—¿Cómo se llama el tipo al que habéis detenido en el templo sij?

—Iqbal.

—¿Iqbal qué? —preguntó el juez a voz en cuello.

—Ahora lo averiguo, señor.

Antes de que el juez empezara a despotricar, el sargento ya corría hacia las dependencias de servicio. Hukum Chand sintió que iba caldeándose. Dio un sorbo del vaso. El subinspector movía los pies, incómodo. El sargento volvió al cabo de unos minutos y tosió para anunciar su llegada.

—Señor —volvió a toser—. Sabe leer y escribir, señor. Tiene estudios.

El juez se volvió hacia la puerta, enfadado.

—Tendrá un padre y una madre. Y una fe, ¿o no? ¡Estudios!

—Señor —titubeó el sargento—, se niega a decirnos el nombre de su padre y dice que no tiene fe. Dice que será él quien hable con usted.

—Ve y averígualo —rugió el juez—. Azótale el trasero hasta que hable.

Ve y... No, espera. El *sahib* subinspector se ocupará del asunto.

Hukum Chand estaba enfurecido. Se bebió de un trago el agua burbujeante del vaso y se secó la cabeza con la toallita. Su ira iba en aumento, pero se alivió con un eructo.

—¡Sí que están bien, usted y sus hombres! Van y detienen a gente sin averiguar su nombre, su filiación o su casta. Me hacen firmar órdenes de detención en blanco. Un día detendrán al gobernador y dirán que Hukum Chand se lo ordenó. Harán que me suspendan.

—Yo mismo me encargaré de hacer las averiguaciones, amigo de los pobres. Este hombre llegó a Mano Majra ayer. Descubriré cuál es su origen y a qué se dedica.

—Bueno, vaya y averigüe algo, no se quede ahí parado mirando —ladró Hukum Chand. Él no solía perder los estribos ni la educación. Cuando el subinspector se hubo marchado, se examinó la lengua en el espejo y echó otro comprimido en el vaso.

El subinspector salió y paró en la veranda para respirar profundamente. La ira del juez había decidido su actitud: tendría que ponerse serio y dejarse de rodeos. Fue a las dependencias de servicio. Iqbal y su escolta estaban apartados del grupo de Juggut Singh. El joven parecía herido en su dignidad. Al subinspector le pareció mejor no hablar con él.

—Registra las ropas de este hombre. Llévalo a uno de los cuartos y quítale la ropa. La examinaré yo mismo.

Iqbal se quedó sin pronunciar el discurso que tenía preparado. El agente lo cogió de las esposas y lo llevó a una habitación casi a rastras. De su resistencia ya no quedaba nada. Se quitó la camisa y se la dio al policía. El subinspector entró y, sin molestarse en examinar la camisa, ordenó:

—¡Quítate los pantalones!

Iqbal se sentía humillado. Ya no le quedaban ganas de luchar.

—Los pantalones no tienen bolsillos. No puedo esconder nada.

—Quítatelos y no discutas. —El subinspector golpeó los pantalones caqui con un bastón para enfatizar la orden.

Iqbal aflojó el nudo del cordón de los pantalones, que le cayeron hasta los tobillos formando un montoncito. Estaba desnudo, lo único que llevaba eran las esposas en las muñecas. Levantó los pies y los sacó de los pantalones para que el policía pudiera registrarlos.

—No, eso no hace falta —espetó el subinspector—. Ya he visto todo lo que quería ver. Puedes ponerte la ropa. Dices que eres trabajador social. ¿Qué asuntos te traen a Mano Majra?

—Mi partido me envió —respondió Iqbal volviendo a anudarse el cordón de los pantalones.

—¿Qué partido?

—El Partido del Pueblo Indio.

El subinspector miró a Iqbal con una sonrisa siniestra.

—El Partido del Pueblo Indio —repitió despacio, pronunciando muy claramente cada una de las palabras—. ¿Estás seguro de que no es la Liga

Musulmana?

—A Iqbal se le escapaba la importancia de la pregunta.

—No, ¿por qué iba a pertenecer a la Liga Musulmana? Yo...

El subinspector salió de la habitación antes de que Iqbal hubiera terminado la frase y ordenó a los agentes que llevaran a los detenidos a comisaría. Volvió a la casa de descanso para informar al juez de su descubrimiento. Tenía una sonrisa servil en la cara.

—Amigo de los pobres, todo en orden. Dice que lo envía el Partido del Pueblo, pero estoy seguro de que es de la Liga Musulmana. Y vienen a ser lo mismo. Habríamos tenido que detenerlo de todos modos; estamos muy cerca de la frontera y podría haber venido a buscar problemas. Podemos acusarlo de algo más adelante.

—¿Cómo sabes que es de la Liga Musulmana?

El subinspector sonrió, seguro de sí mismo.

—Le mandé que se desnudara.

Hukum Chand agitó el vaso para remover el poso del fondo y, lentamente, apuró lo que quedaba de agua de seltz. Se quedó mirando el vaso vacío con aire pensativo y añadió:

—Complete la orden de detención correctamente. Nombre: Mohamed Iqbal, hijo de Mohamed tal y cual, o padre desconocido y basta. Casta: musulmán. Ocupación: activista de la Liga Musulmana.

El subinspector saludó teatralmente.

—Espere, espere. No deje las cosas a medio hacer. Escriba en su registro algo como que los asesinos de Ram Lal todavía no han sido localizados, pero que espera contar con información al respecto pronto. ¿No dijo que Jugga tenía algo que ver con el asunto?

—Sí, señor. Los *dacoits* tiraron brazaletes de cristal a su patio antes de marcharse. Al parecer, se había negado a sumarse a la operación.

—Bueno, pues sáquele los nombres rápido. Dele una paliza si hace falta.

El subinspector sonrió.

—Le sacaré el nombre de los *dacoits* en veinticuatro horas y sin paliza alguna.

—Sí, sí, sáqueselos como quiera —respondió Hukum Chand con impaciencia—. Y consigne las dos detenciones en páginas distintas del registro de la comisaría, separadas por otras incidencias. Asegúrese de que no haya más chapuzas.

El subinspector volvió a cuadrarse.

—Lo haré, señor.

A Iqbal y Jugga los llevaron a la comisaría de Chundunnugger en *tonga*^[25], A Iqbal le asignaron el lugar de honor, en medio del asiento delantero. El conductor se encaramó a una vara de madera al lado del caballo y dejó su asiento vacío. Juggut Singh se sentó atrás, entre los dos policías. Fue un viaje largo y polvoriento por una carretera sin asfaltar que discurría paralela a la vía del tren. El único que se sentía cómodo era Jugga. Conocía a los policías y ellos le conocían a él. La situación tampoco le resultaba extraña.

—Últimamente tendréis a muchos presos en comisaría —dijo.

—No, ni uno solo —respondió uno de los agentes—. No detenemos a los alborotadores, solo los dispersamos. Y no nos queda tiempo para ocuparnos de los crímenes. Sois las primeras detenciones en los últimos siete días. Las dos celdas están vacías. Podrás tener una entera para ti.

—Eso le gustará al *babuji* —dijo Jugga—. ¿No es cierto, *babuji*?

Iqbal no respondió. Jugga, que se sintió algo desairado, trató de cambiar de tema rápidamente.

—El asunto este de Hindustán y Pakistán os estará dando mucho trabajo —le comentó al agente.

—Sí. Con todas estas matanzas y con las fuerzas del orden reducidas a menos de la mitad...

—¿Por qué? ¿Se han unido a Pakistán?

—No sabemos si se han pasado al otro bando; no paraban de decir que no tenían ninguna ganas de irse. El día de la independencia, el *sahib* superintendente desarmó a los policías musulmanes y ellos huyeron. Tenían malas intenciones. Los musulmanes son así. No te puedes fiar de ellos.

—Sí —añadió otro agente—, la policía musulmana, que tomó partido por los suyos, fue determinante en los disturbios. Los muchachos hindúes

de Lahore les habrían dado una buena a los musulmanes de no haber sido por la policía. Causaron mucho *zulum*^[26].

—Su ejército también es así. En cuanto se aseguraban de que no se toparían con tropas de sijs o de *gurkas*, los soldados baluchis se ponían a disparar a la gente.

—No podrán escapar de Dios. Nadie puede escapar de Dios —dijo Juggut Singh con vehemencia. Todos parecieron sorprenderse un poco. Incluso Iqbal se volvió para asegurarse de que esa voz era la de Juggut Singh.

—¿No es cierto, *babuji*? Eres un hombre inteligente. Dime, ¿podemos escapar de la ira de Dios?

Iqbal no contestó.

—No, claro que no —Jugga se respondió él mismo—. Te contaré una cosa que *bhai* Meet Singh me contó a mí. Escúchala, *babuji*, vale la pena. Vale cada uno de los dieciséis *annas* de una rupia.

Todas las rupias valen dieciséis *annas*, pensó Iqbal. Se negó a mostrar interés alguno. Jugga continuó.

—El *bhai* me contó que un camión lleno de soldados baluchis viajaba de Amritar a Lahore. Llegando a la frontera pakistaní, los soldados se pusieron a dar bayonetazos a los sijs que encontraban por la carretera: el conductor reducía la marcha cuando se acercaba a un ciclista o a un peatón, los soldados que iban en los estribos del camión lo apuñalaban, y luego el conductor aceleraba para alejarse de ahí a toda prisa. Mataron a mucha gente de este modo, y cuanto más se acercaban a Pakistán, más contentos estaban. Solo quedaba una milla hasta la frontera y avanzaban a gran velocidad. ¿Y qué creéis que les pasó?

—¿Qué? —preguntó un agente, muy educado.

Todos escuchaban atentamente; todos, menos Iqbal.

Incluso el cochero dejó de castigar al caballo y volvió la cabeza.

—Escucha, *babuji*, vale la pena. Un perro paria atravesó la carretera, y el mismo conductor responsable de la muerte de tanta gente viró bruscamente hacia la derecha para esquivar el perro. Chocó contra un árbol. El conductor y dos soldados terminaron muertos, y el resto, gravemente heridos. ¿Qué te parece?

Los agentes murmuraron en señal de aprobación. Iqbal estaba irritado.

—¿Quién causó el accidente, el perro o Dios? —preguntó con cinismo.

—Dios, por supuesto —respondió uno de los agentes—. ¿Por qué iba a preocuparse por un perro aplastado bajo las ruedas de su coche alguien que disfruta matando a seres humanos?

—Dímelo tú —respondió Iqbal con frialdad. Acalló a todos menos a Jugga, irrefrenable. Jugga se dirigió al conductor del *tonga*, que volvía a azuzar al caballo.

—¿No tienes temor de Dios, Bhola, que tan cruelmente castigas a tu animal?

Bhola dejó de azuzar al caballo. En su cara se apreciaba una expresión de resentimiento: el caballo era suyo y podía hacerle lo que quisiera.

—¿Cómo va el negocio últimamente, Bholeya? —preguntó Jugga, tratando de congraciarse con él.

—Dios es misericordioso —respondió el cochero señalando el cielo con la fusta, y luego añadió a toda prisa—: El *sahib* inspector también es misericordioso. Estamos vivos y podemos llenarnos la panza.

—¿No ganas dinero con los refugiados que quieren ir a Pakistán?

—¿Y perder la vida por dinero? —preguntó Bhola, enojado—. No, gracias, hermano, guárdate tus consejos. Cuando las masas atacan, no se paran a averiguar si eres hindú o musulmán, simplemente matan. El otro día, cuatro *sardars*^[27] sijs pasaron en *jeep* al lado de una fila de refugiados musulmanes que caminaban por la carretera. Era una fila de un kilómetro. Sin mediar aviso, abrieron fuego con su metralleta. ¡Cuatro metralletas! Solo Dios sabe a cuántas personas mataron. ¿Qué pasaría si unos descontrolados cogieran mi *tonga* lleno de musulmanes? Primero me matarían, y luego preguntarían.

—¿Y por qué no se cruzó un perro con el *jeep* para molestar? —preguntó Iqbal con sarcasmo.

Se hizo un silencio incómodo. Nadie sabía qué decirle a ese *babu* tan amargado. Jugga preguntó inocentemente:

—¿No crees que las malas acciones traen cosechas amargas, *babuji*? Es la ley del *karma*. Es lo que siempre dice el *bhai*. El Gurú dice lo mismo en el Libro.

—Sí, sin duda, como que una rupia tiene dieciséis *annas* —se mofó Iqbal.

—*Achaji*, muy bien, como tú quieras —respondió Jugga sin perder la sonrisa—. Nunca te pondrás de acuerdo con la gente de a pie.

Volvió a hablarle al cochero.

—Dicen que a muchas mujeres las secuestran y las venden a buen precio, Bholeya. Podrías buscarte una.

—¿Por qué, *sardara*? Si tú te has conseguido una musulmana sin tener que pagar, ¿por qué voy a tener que pagar yo por una mujer secuestrada? ¿Crees que soy impotente? —respondió Bhola.

Jugga se quedó de piedra. Empezaba a perder los estribos. Los agentes, que habían comenzado a soltar alguna risita, miraron a Juggut Singh con nerviosismo. Bhola se arrepintió de su error.

—Vaya, Juggia —dijo cambiando de tono—, tú te burlas de los demás, pero cuando alguien te replica, te enfadas.

—Si no llevara estas esposas y estos grilletes, te habría roto todos los huesos del cuerpo —dijo Jugga fieramente—. Hoy tienes suerte de haber escapado, pero si vuelvo a oírté repetir lo que has dicho, te arrancaré la lengua de la boca.

Jugga escupió ruidosamente.

Bhola estaba asustadísimo.

—No pierdas los nervios. ¿Qué he hecho yo para...?

—Hijo de perra.

Así terminó la conversación. Ese silencio incómodo solo lo rompió Bhola al insultar a su caballo. Jugga estaba perdido en pensamientos airados. Le sorprendía que sus encuentros clandestinos fueran de dominio público. Alguien lo habría visto hablando con Nooran y las habladurías habrían empezado así. Si hasta un conductor de *tonga* de Chundunnugger lo sabía, en Mano Majra debían de llevar mucho tiempo hablando del asunto. Los últimos en enterarse de los chismes eran los implicados; tal vez el imán Baksh y su hija Nooran fueran los únicos de la aldea que no sabían nada de las murmuraciones.

El grupo llegó a Chundunnugger después de mediodía. El coche se detuvo delante de la comisaría de policía, a medio kilómetro del pueblo. A

los prisioneros los condujeron por la entrada, que discurría bajo un arco en el que unas letras pintadas rezaban «BIENVENIDOS». Primero los llevaron a la recepción. El sargento abrió un libro de registros muy grande y consignó las incidencias del día en dos páginas distintas. Sobre la mesa colgaba una vieja fotografía enmarcada del rey Jorge VI con una placa en urdu: «EL SOBORNO ES UN CRIMEN». Pegada en otra pared había una fotografía a color de Gandhi arrancada de un calendario. Debajo, el lema en inglés: «LA MEJOR POLÍTICA ES LA HONESTIDAD». El resto de fotografías de la oficina eran de prófugos, maleantes y personas desaparecidas.

Cuando se hubo completado el registro, llevaron a los prisioneros a sus celdas, al otro lado del patio. En la comisaría solo había dos celdas; estaban en el lado del patio que quedaba enfrente de los cuarteles. El muro del extremo más alejado del patio estaba cubierto de campanillas rosadas.

La llegada de Jugga causó gran hilaridad.

—¡Eh! Ya estás de vuelta. Te crees que es la casa de tu suegro —gritó uno de los agentes del cuartel.

—Por el número de hijas de policía a las que he seducido, lo es —respondió Juggut Singh a voz en grito. Había olvidado el mal rato que había pasado en el *tonga*.

—¡Eh, *badmash*, no sabes olvidarte de tus fechorías! Espera a que el *sahib* inspector se entere de lo que has dicho. Te meterá chiles picantes por el culo.

—¡Eso no se le hace a un yerno!

Con Iqbal todo fue distinto: le quitaron las esposas entre disculpas. Llevaron una silla, una mesa y un *charpoy* a su celda. El sargento reunió todos los periódicos y las revistas en inglés y urdu que encontró y las dejó en la celda. A Iqbal le sirvieron la comida en un plato de bronce, y en la mesa de al lado del *charpoy* dejaron una jarrita y un vaso de vidrio. A la celda de Jugga no llevaron muebles. La comida se la arrojaron, literalmente, y se comió los *chapatis* con la mano. A través de los barrotes de hierro, un agente le echó agua en la palma de la mano. La cama de Jugga era el suelo de cemento.

La diferencia en el trato no sorprendió a Iqbal. En un país que había aceptado las distinciones entre castas durante siglos, la desigualdad se había

convertido en una construcción mental innata. Y aunque las castas habían sido abolidas por ley, volvieron aemerger bajo otras formas de diferenciación social. En círculos completamente occidentalizados como los de los funcionarios del gobierno de Delhi, las plazas de aparcamiento se asignaban según el rango, y los altos funcionarios tenían reservadas entradas especiales a algunos despachos. Había distintas clases de baños, ordenados por orden jerárquico: ALTOS FUNCIONARIOS, FUNCIONARIOS, EMPLEADOS Y ESTENÓGRAFOS Y OTRAS CATEGORÍAS. Con una estructura mental tan compartimentada, no había nada extraño en clasificar a personas acusadas del mismo delito según la clase social a la que pertenecieran. Iqbal era de primera clase; Jugga estaba en lo más bajo.

Después de comer, Iqbal se tumbó en el *charpoy*. Oyó ronquidos en la celda de Jugga, pero él estaba demasiado inquieto para dormir. Su cabeza era como el delicado muelle de un reloj, que sigue agitándose horas después de que lo hayan tocado. Se incorporó y empezó a revolver el montón de periódicos que el sargento le había traído. Eran todos iguales: las mismas noticias, las mismas declaraciones, los mismos editoriales. De no ser por la redacción de los titulares, podría haberlos escrito la misma mano. Incluso las fotografías eran las mismas. Asqueado, se fijó en los anuncios matrimoniales. A veces resultaban entretenidos, pero la juventud del Punyab era tan uniforme como las noticias. Las cualidades que exigían de la esposa eran idénticas: todos querían vírgenes. Algunos, algo más abiertos que los demás, estaban dispuestos a contemplar a las viudas, pero solo si estaban sin desflorar. Todos pedían mujeres duchas en tt. dd. (tareas domésticas). A los más progresistas y caritativos, c. y d. (casta y dote) no les suponían impedimento alguno. Eran pocos los que solicitaban fotografías de sus posibles esposas: la belleza, reconocían casi todos, estaba en el interior. La mayoría querían «concordar según el horóscopo». Era la armonía astronómica la que garantizaba la felicidad. Iqbal arrojó los periódicos y hojeó las revistas: el inevitable artículo de siempre sobre los frescos de las grutas de Ajanta; el artículo sobre el ballet indio; el artículo sobre Tagore; el artículo sobre los relatos de Prem Chand; artículos sobre la vida privada de estrellas de cine. Iqbal se rindió y volvió a echarse. Todo lo deprimía. Cayó en la cuenta de que en tres días apenas si había dormido. Se

preguntó si aquello podría considerarse un «sacrificio». Posiblemente. Debía averiguar por qué medio podría avisar al partido. Entonces, quizá... Se quedó dormido con visiones de grandes titulares que anunciaban su detención, su liberación y su aparición triunfal como líder.

Por la tarde, un policía fue a la celda de Iqbal cargado con otra silla.

—¿Voy a compartir mi celda con alguien? —preguntó Iqbal, algo temeroso.

—No, *babuji*. Es solo el *sahib* inspector. Quiere hablar contigo. Ahora viene.

Iqbal no respondió. El agente estudió la posición de la silla unos instantes. Luego se retiró. Se oyeron voces en el pasillo y el subinspector apareció.

—¿Permiso para entrar?

Iqbal asintió en silencio.

—¿Qué puedo hacer por usted, *sahib* inspector?

—Somos sus esclavos, señor Iqbal. Usted ordénenos, que nosotros le serviremos —respondió el subinspector con una sonrisa. Estaba orgulloso de su habilidad para cambiar de tono y de modales según las circunstancias.

A eso se le llamaba diplomacia.

—No sabía que eran tan amables con la gente a la que detienen por homicidio. Me han traído aquí acusado de homicidio, ¿verdad? No creo que sus agentes le hayan contado que llegué a Mano Majra ayer en su mismo tren.

—No hemos formulado ningún cargo contra usted. Eso le corresponde al tribunal. Solo está detenido como sospechoso. No podemos permitir la presencia de agitadores políticos en zonas fronterizas. —El subinspector volvía a sonreír—. ¿Por qué no se va con su propaganda a Pakistán? Ahí es donde tendría que estar.

Aunque a Iqbal aquello lo encolerizó, trató de reprimir cualquier indicio de furia.

—¿Qué quiere decir exactamente con ese «ahí es donde tendría que estar», *sahib* inspector?

—Usted es musulmán. Váyase a Pakistán.

—Eso es una maldita mentira —estalló Iqbal—. Y, es más, usted sabe que es una maldita mentira. Solo quiere camuflar su torpeza amañando una acusación.

El subinspector respondió agriamente:

—Tendría que usar la lengua con cierto criterio, señor Iqbal. No trabajo para su padre y no tengo por qué aguantar sus «malditos». Usted se llama Iqbal y está circuncidado. Lo he examinado yo mismo. Y, además, no puede explicar su presencia en Mano Majra. Con eso basta.

—No bastará cuando esto llegue al tribunal y a los periódicos. No soy musulmán, aunque eso ahora no viene a cuento, y lo que he venido a hacer a Mano Majra no es asunto suyo. Si no me suelta en las próximas veinticuatro horas, no me quedará más remedio que solicitar el *habeas corpus* y contarle al juez cómo cumple usted con sus obligaciones.

—¿Solicitar el *habeas corpus*? —el inspector estalló en una carcajada—. Me parece que lleva demasiado tiempo viviendo en el extranjero, señor Iqbal. Y todavía sigue en su mundo de ilusiones. Ya vivirá, ya aprenderá...

El subinspector salió de la celda bruscamente y echó la llave a la puerta de barrotes de acero. Abrió la contigua, tras la que Jugga estaba preso.

—*Sat Sri Akal, sahib* inspector.

El subinspector hizo caso omiso del saludo.

—¿No dejarás nunca de ser un maleante?

—Tú di lo que quieras, rey de las perlas, pero esta vez soy inocente. Juro por el Gurú que soy inocente.

Jugga se quedó sentado en el suelo. El subinspector estaba de pie, apoyado contra la pared.

—¿Dónde estabas la noche del *dacoity*?

—Yo no tuve nada que ver con el *dacoity* —respondió Jugga evasivamente.

—¿Dónde estabas la noche del *dacoity*? —repitió el subinspector.

Jugga miró al suelo.

—Había ido a los campos. Me tocaba abrir el agua, era mi turno.

El subinspector sabía que mentía.

—Puedo revisar los turnos de riego con el encargado del canal.
¿Informaste al *lambardar* de que ibas a alejarte de la aldea?

Jugga se limitó a mover los pies sin levantar la vista del suelo.

—Tu madre dice que habías ido a ahuyentar a los jabalíes.

Jugga seguía moviendo los pies. Al cabo de un rato, volvió a decir:

—No tuve nada que ver con el *dacoity*. Soy inocente.

—¿Quiénes eran los *dacoits*?

—¿Cómo voy a saber quiénes eran los *dacoits*, rey de las perlas? Yo había salido de la aldea. ¿Crees que de lo contrario alguien se habría atrevido a robar y a matar en Mano Majra?

—¿Quiénes eran los *dacoits*? —repitió el inspector amenazadoramente

—. Sé que los conoces. Ellos te conocen, sin duda. Te dejaron un regalo, unos brazaletes de cristal.

Jugga no contestó.

—¿Quieres unos azotes en el trasero? ¿O que te metamos chiles rojos por el recto antes de que hables?

Jugga se estremeció. Sabía a qué se refería el subinspector. Ya lo había sufrido en una ocasión: las manos y los pies, atrapados bajo las patas de un *charpoy* en el que se sentaba media docena de policías; los testículos, retorcidos y pellizcados hasta quedar inconsciente de dolor; chile rojo en polvo empujado recto arriba por manos ásperas y, durante muchos días, la sensación de tener el trasero en llamas. Todo eso sin comida ni agua, o con un plato de comida caliente y un cuenco de agua fresca y resplandeciente fuera de la celda y fuera de su alcance. Los recuerdos lo alteraron.

—No. No, por Dios. —Se echó al suelo y agarró los zapatos del inspector con las dos manos—. Por favor, rey de las perlas. —Estaba avergonzado de sí mismo, pero sabía que no sería capaz de volver a soportar aquella tortura—. Soy inocente. En el nombre del Gurú, no tuve nada que ver con el *dacoity*.

La visión de casi dos metros de músculos encogiéndose a sus pies provocó en el inspector una sensación de euforia. Nunca había conocido a nadie capaz de resistir el dolor físico, ni una sola persona. Las pautas de la tortura estaban cuidadosamente escogidas: algunos sucumbían al hambre; otros —Iqbal pertenecía a esa categoría—, a la molestia de verse obligados

a defecar delante de los policías; algunos, a las moscas que se les posaban en la cara untada de melaza; otros, a la falta de sueño. Al final, todos se rendían.

—Te concedo dos días para que me des los nombres de los *dacoits* —dijo—. De lo contrario, te daré una paliza en el trasero hasta dejártelo como el culo de un carnero.

El subinspector se zafó de las manos de Jugga y salió de la celda. Sus visitas habían sido un fracaso. Tendría que cambiar de táctica. Tratar con dos personas tan completamente diferentes resultaba frustrante.